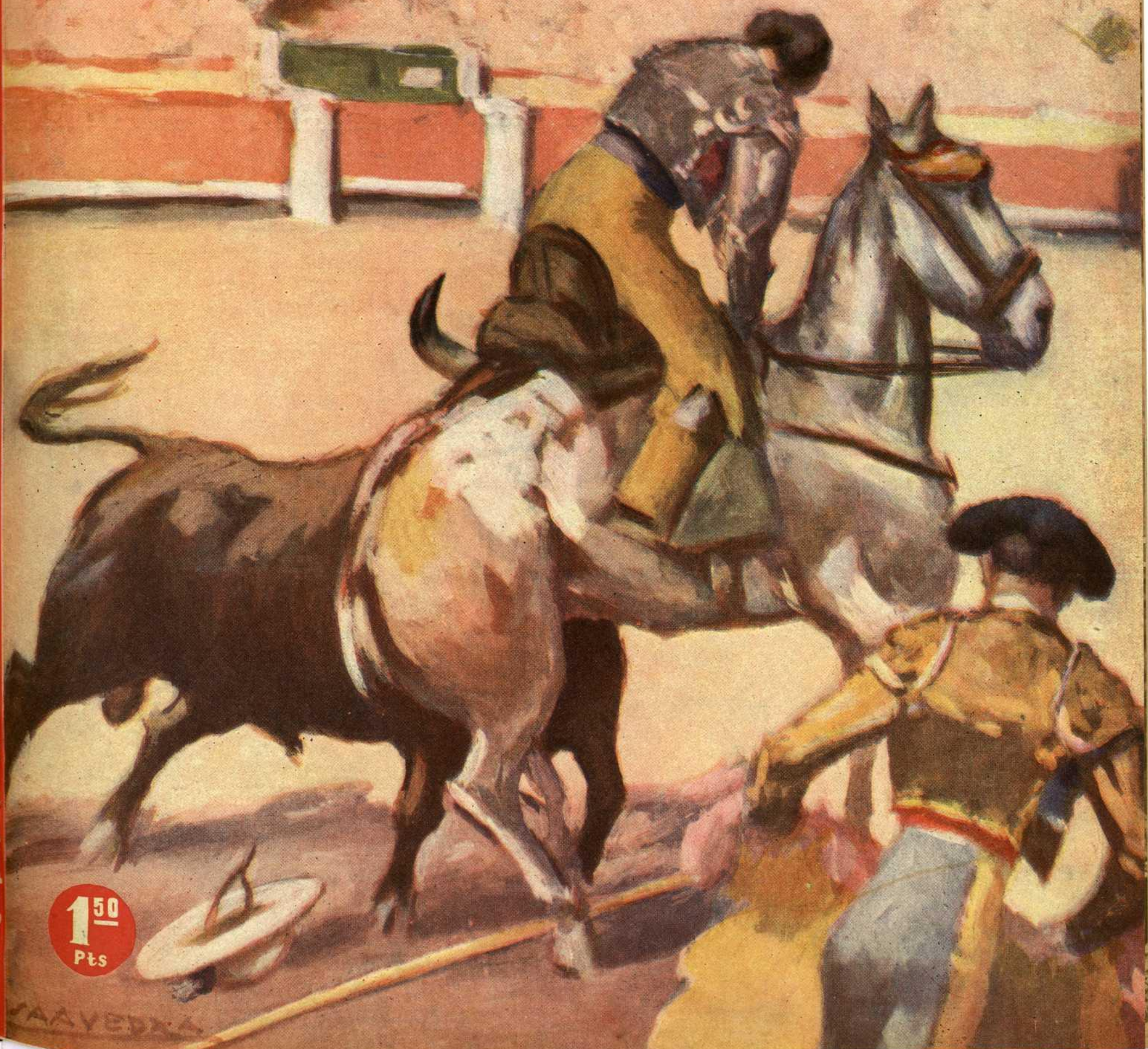
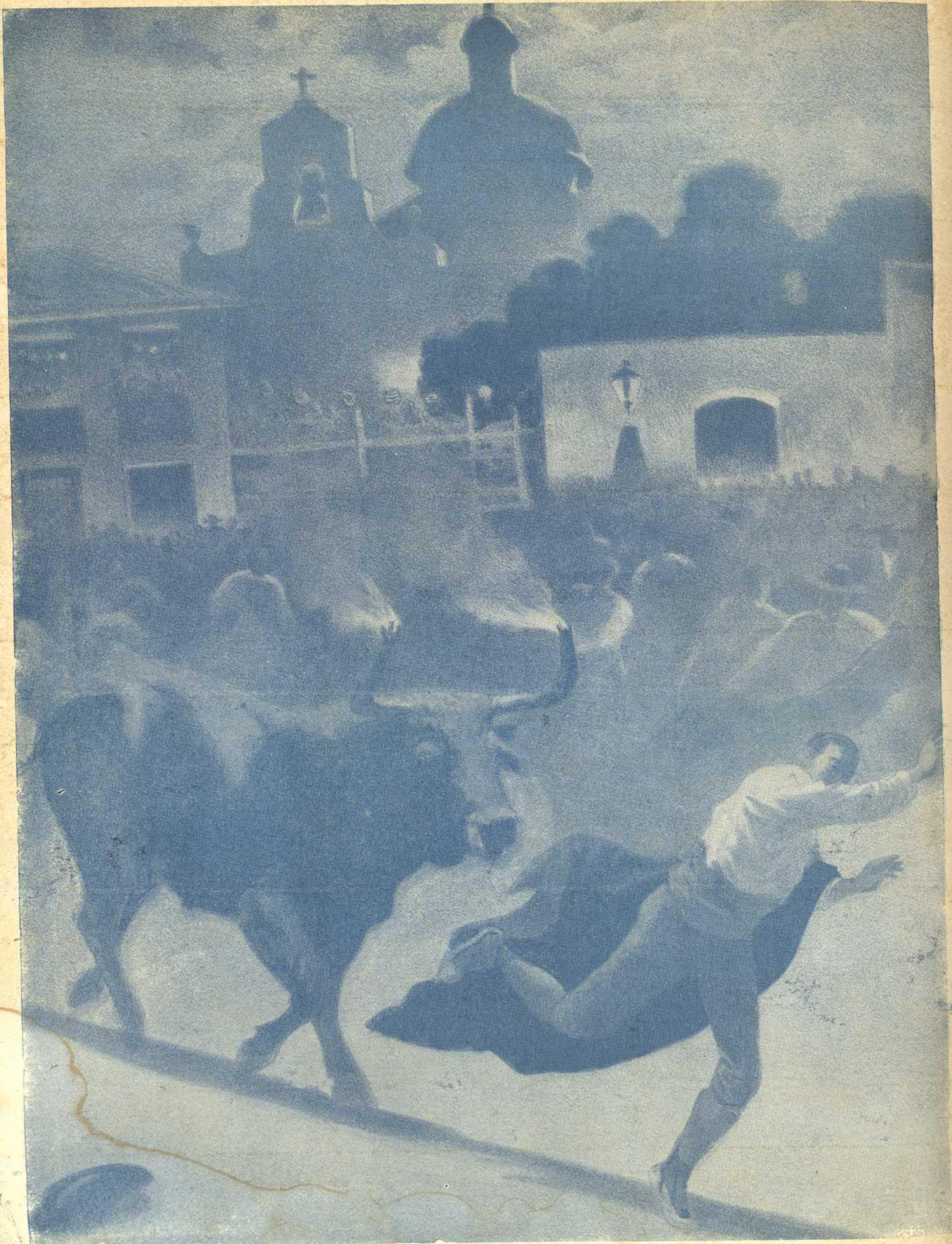


El Ruedo



1⁵⁰
Pts

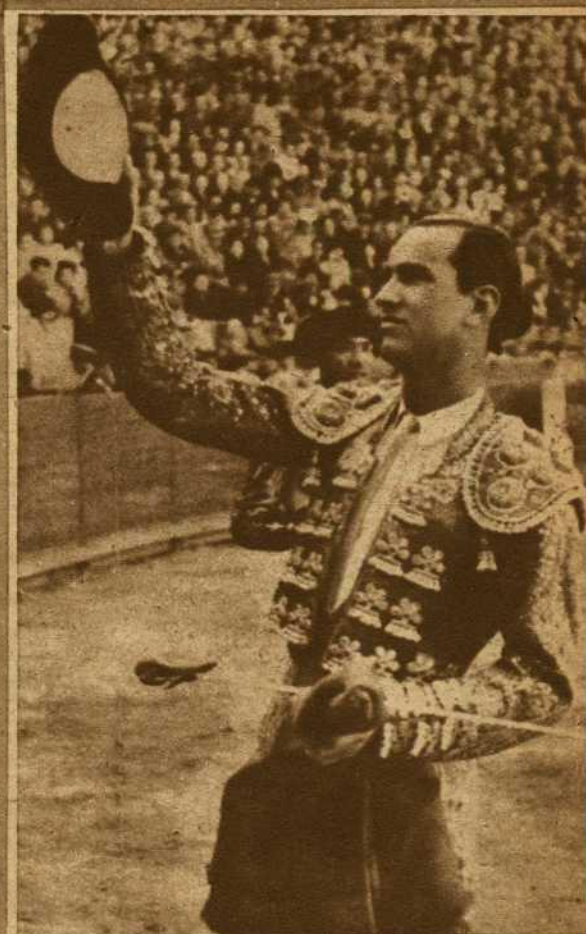
MAAYEDNA



El toro de fuego (carteles populares)
(Dibujo de Perea.)



Arruza, Manolete y Andaluze, dispuestos para el paseillo en la corrida que torearán en Murcia



CARTEL DE MURCIA

SEIS TOROS
DE
CONCHA
Y SIERRA

MANOLETE
ARRUZA
ANDALUZ

Información
en la pág. 24

(Fots. López)



Arriba: Arruza, antes de dar comienzo a la faena de maletá, refresca.—Abajo: Los tres matadores, al frente de las cuadrillas, hacen el paseillo en la corrida del domingo en Murcia



EL LAPIZ EN LOS TOROS

LA CORRIDA DEL DOMINGO EN MADRID

Por ANTONIO CASERO



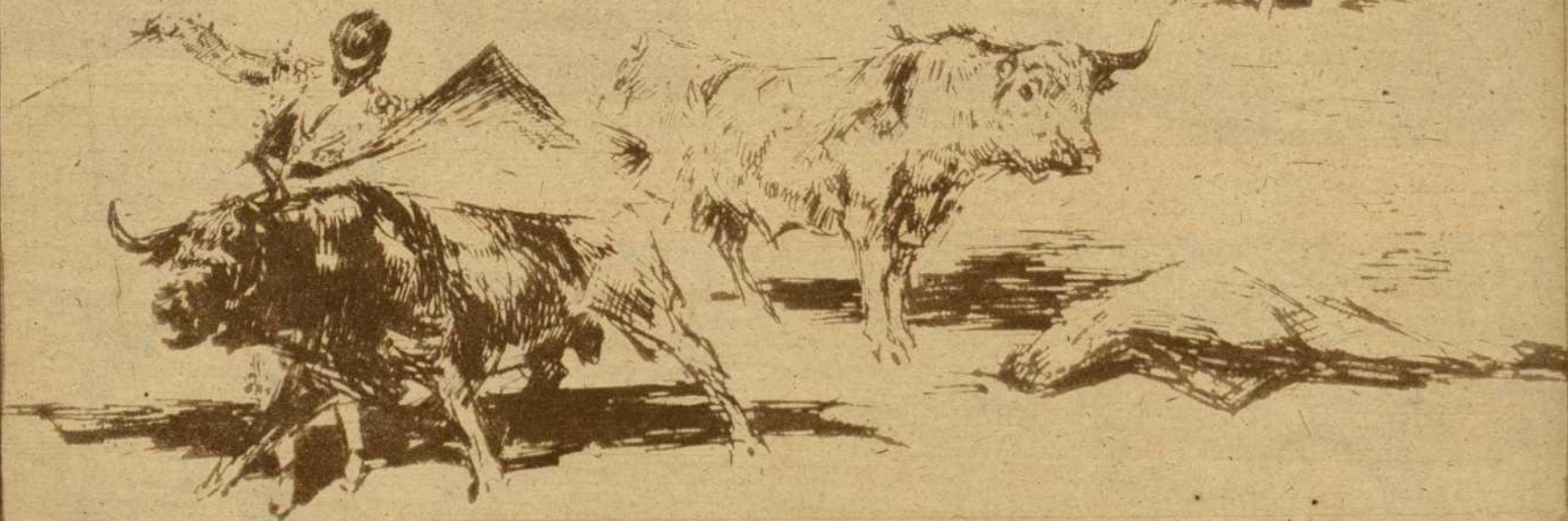
Rafael Lorente des-
pués de matar a su
segundo toro, del que
corto la oreja:

El mejicano Felipe González, prepara-
do y clavando un par de banderillas a
su primer toro



Carlos Jiménez, eje-
cutando un pase de
pecho

El sexto toro, que, al
romanear un taba-
llo, se arrancó el pi-
tón derecho



ANTONIO CASERO



El Ruedo

Suplemento taurino de MARCA

PREGON DE TOROS

Por JUAN LEON



DOS grandes acontecimientos taurinos va a ofrecer Sevilla en esta semana de su gran Feria de Primavera a la atención de los aficionados a la fiesta nacional: su magnífica serie de cinco corridas de toros con una excelente novillada de postre y abrir a la curiosidad pública la «Exposición del arte del toreo».

Cualquiera que sea el resultado del primero, siempre ligado a esos «imponderables taurinos», que echan por tierra todos los

augurios, no cabe duda de que el propósito fué bueno.

(Por cierto, y entre parentesis, antes de pasar al segundo acontecimiento: ¿pueden hacerse censuras a los carteles de la feria sevillana? Creo yo —perdón a los posibles discrepantes— que pueden y deben hacerse. Estos carteles, como los proyectados e incluso ultimados para otras ferias y otras corridas sensacionales, resultan monótonos y, por ello, a la larga, perjudiciales, casi catastróficos, para la fiesta. Con un máximo de seis nombres se organizan las corridas por series de tres o cuatro en adelante, y aparte del grave daño que se infiere a diestros jóvenes y de mérito, muy digno de considerarse, se produce una falta de contraste grave —tal vez gravísima—, que explicaré otro día.)

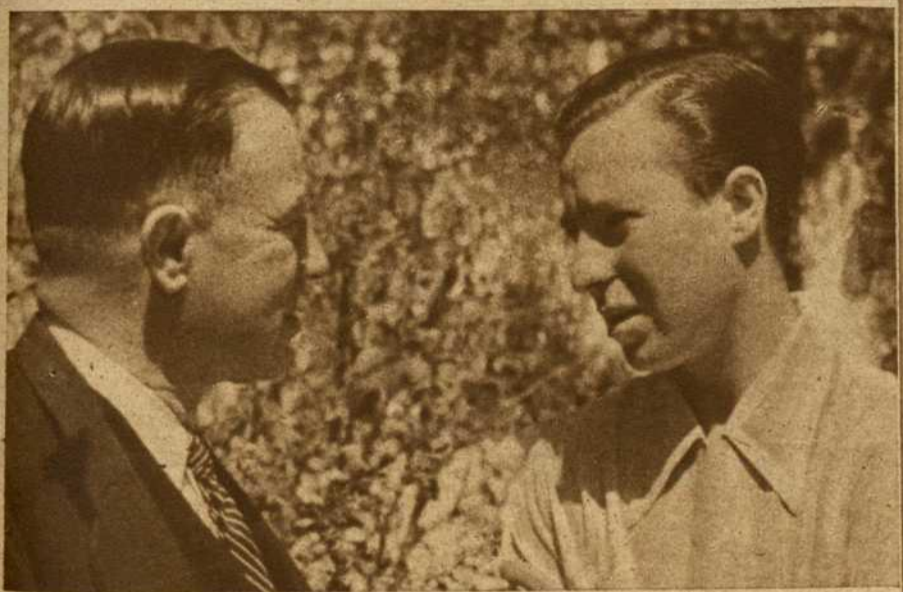
El éxito del segundo acontecimiento de arte taurino está garantizado. La ordenación de cuadros, dibujos, fotografías, vestidos de distintas épocas, estoques, banderillas, cabezas de toro y toda clase de trofeos taurómacos, en la Exposición inaugurada el lunes, en marco tan adecuado y bello como el Palacio Mudéjar de la plaza de América, constituye un indiscutible acierto, del que sus organizadores habrán de sentirse satisfechos.

La curiosidad despertada por esta Exposición rebasará el estricto marco de los aficionados, y millares de personas de las que no van a los toros la visitarán gustosamente y hallarán sobrados alicientes y motivos para comprender, y hasta admirar, lo que hasta ese momento no habían comprendido, ni mucho menos admirado.

De las pinacotecas y colecciones particulares han llegado al recinto del Palacio Mudéjar cuadros y objetos que explicarán plásticamente la historia del toreo desde sus remotos orígenes. Los aficionados que tengan la suerte de asistir a la serie de corridas de toros, que precisamente hoy empieza en esta primera gran feria de la temporada taurina, podrán consolarse, si el resultado de los espectáculos que presencien no es satisfactorio, visitando la Exposición, en la que hallarán motivo para evocar hazañas, proezas y figuras que les conserven fieles a su afición favorita.

La semana taurina, ya pasada, no ofrece margen de importancia para comentarios.

Año II -- Madrid, 18 de abril de 1945 -- Núm. 45



PEPE LUIS VAZQUEZ Y ARMILLITA HAN LLEGADO A ESPAÑA
El torero de San Bernardo, con su padre, en Sevilla, y el diestro mejicano, al llegar a la estación de las Delicias, de Madrid.

(Fotos Arenas y Mari.)

(Información en las páginas 16, 17, 20 y 21.)

La corrida del domingo en MADRID



Seis novillos de Guardiola para Rafael Llorente, Felipe González y Carlos Jiménez

LA SEMANA EN LAS VENTAS

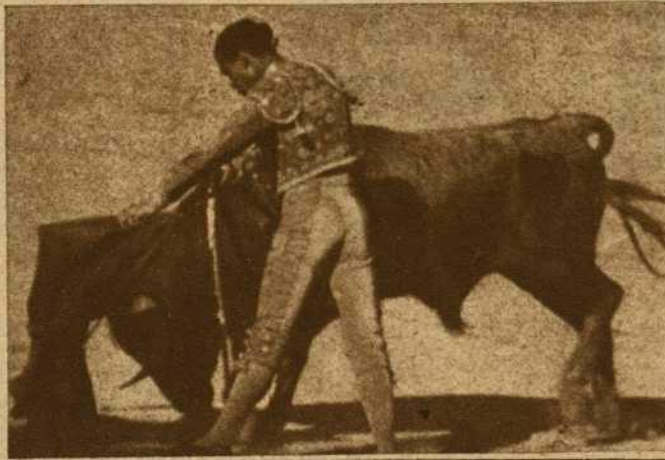
LOS QUE CHILLARON A DESTIEMPO DOS VECES

Por EL CACHETERO

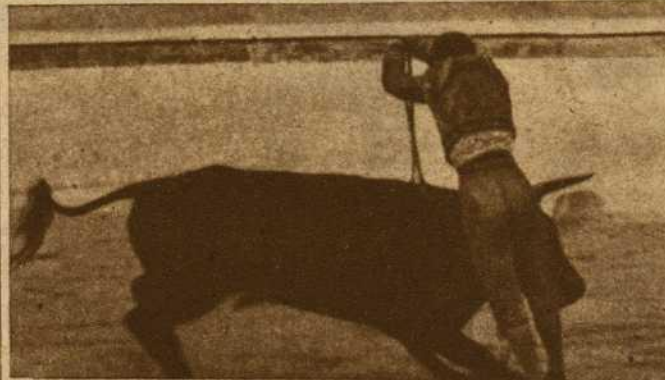
El domingo salió, en sexto lugar, un novillo de Escudero, que sustituía a uno de Guardiola, que se inutilizó en los corrales. Su lámina era basta, mal encornado, y sin la finura de tipo que caracterizó al ganado titular. Al segundo puyazo se dió un golpe contra el estribo del piquero y se partió por la cepa el cuerno derecho. Bien; nosotros comprendimos la desilusión de muchas gentes al ver que aquel accidente daba por concluso el tono de lidia divertida que íbamos llevando. Yo, la verdad, acabé con mis esperanzas en cuanto vi el tipo y la salida de aquel sustituto. Lo que no se comprende es que hubiese bastante público que empezase, mientras el desmochado novillo corría de aquí para allá, a chillar a la presidencia, haciéndola como responsable de aquello y exigiendo una decisión de retirada. Se chilló bastante, y apenas unos aplausos de buenos aficionados desagraviaron al señor Plaza, que aplicó la reglamentación taurina con toda justicia, decoro y simpatía, pues yo no sé si vi mal, pero su gesto venía a decir su lamentación en tener que ser inexorable. Como a mí lo que más me alegra en estos tiempos de frecuente mixtificación, es la existencia de un reglamento y su observancia, le apunto un tanto al señor Plaza y le quito uno a los que chillaron, porque el ohillido a destiempo, cuando hay silencio y aun aplausos culpables de muchas cosas, es algo que molesta bastante.

De los gritos de los toros habrá que hablar hoy, porque el domingo se gritó en otra ocasión, y tan sin razón como lamentada. Cuando Rafael Llorente, después de una faena que sobre sus méritos tenía el capital de ser justa, sin un pase de más ni de menos, se encontró con que el novillo pedía la muerte igualado, por bien torreado. Lió la muleta, se perfiló y montó el estoque; entonces, precisamente entonces, se oyeron gritos de "¡No, no!", con manifiesta abundancia. Lo mejor que hizo en la tarde Rafael Llorente fué el no hacer caso, brindar el viaje a los gritadores y meter una estocada magnífica, que tiró patas arriba a su enemigo. Bueno, ¿qué querían los que gritaban tan a lo cateto taurino? ¿Pasos de adorno? ¿Veinte pases más? ¿Manoletinas? La gente anda tan despistada, y no tiene ni idea de la culpa; ha puesto tanta dócil colaboración en el toro, que creen que las faenas pueden enorgullirse y estirarse, como un chicle, a sólo su gusto y satisfacción. Y así, son legión los diestros que sólo aspiran a dominar la técnica del adorno y no la técnica de la faena ajustada al toro. ¡Ay, cómo cambiarían las cosas si fuesen toros de verdad los que se viesan habitualmente! Ya se enterarían en los tendidos lo que vale una faena justa y a tiempo y lo que cuesta de peligro o deslucimiento, no hacerla así. En fin, otro punto a favor de Rafael Llorente, que es un novillero que se está haciendo torero, que es lo serio sin pasar jamás por pretendido fenómeno, que suele ser siempre broma. Y otro punto que hay que quitarle también al público, ese verbenero que exige multitud de pases bonitos, caigan o no caigan a pelo, o aunque vayan a contrapelo.

En fin, que la novillada del domingo nos ha puesto cerca de la mano un tema que ya hace tiempo que quería tocar y no podía, porque la mayor parte de las veces había más culpa en el ruedo que en los graditorios. Los novillos de Guardiola, más Llorente, Jiménez y el mejicano González —gran banderillero—, nos divertieron lo suficiente para pensar que estuvieron mejor que el público que chilló en esas dos veces.



Rafael Llorente en un buen pase con la derecha



Un buen par del mejicano Felipe González



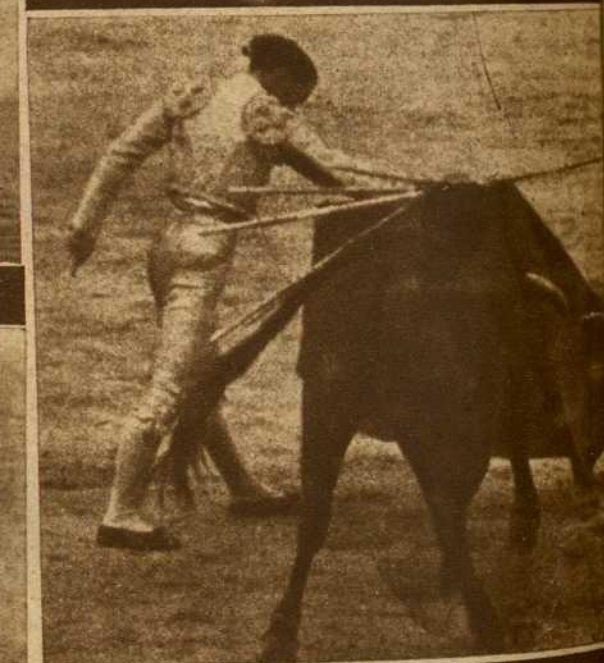
Carlos Jiménez en un natural con la izquierda



Felipe González, Carlos Jiménez y Rafael Llorente momentos antes de la corrida



Felipe González toreando con la izquierda a su primer novillo



Carlos Jiménez haciendo un pase por alto



Llorente se cambia la muleta por la espalda en toro del que cortó la oreja

DESPUES DE LA CORRIDA

"Trataré de superarme el jueves, cortando la oreja a los "pablorrromeros"—dijo Rafael Llorente

"Aunque lo intenté con ganas, no pude acoplarme a los dos enemigos que me tocaron"—habló Felipe González

"¡Lástima que esta fuera la primera corrida que toreaba este año! ¡Si llego a estar más "puesto"!...—comentó Carlos Jiménez

LLORENTE

A mi juicio, el mérito mayor de este muchacho es el de no haber caído todavía en el fácil peligro del envanecimiento. Lejos de ello, las cinco orejas ganadas en buena lid en sólo seis corridas de una temporada apenas iniciada, no le han hecho perder a Rafael Llorente su aire simpático de hombre inasequible a la soberbia.

El triunfador de esta tarde, para nada necesita la afectación. Bastante satisfecho está de dar en los ruedos de cuanto es capaz y de que hasta ahora le haya sonreído la suerte.

Acaso ignoren muchos que hoy flamearon sus pañuelos solicitando la oreja en el cuarto novillo de la tarde, que Llorente ha conocido un aprendizaje ayuno de protecciones y facilidades.

Son muchas las Plazas de piedra sin palcos por las que ha rodado el torerito de Barajas, pasaportando toracos grandes y destartados.

Con su monterilla raída, y disfrazado de torero con un traje de desvaídos oros, Llorente ha recorrido todos los ruedos de la provincia de Madrid.

El estaba convencido de que llegarían días mejores, y sus posibilidades no le engañaron. Nieto de Gumersindo Llorente, abastecedor de novillos durante muchas temporadas de las Plazas de Carabanchel y Tetuán, la guerra dió al traste con la ganadería cuando Rafael no pasaba de ser un chicuelo. De aquí que su palenque de entrenamientos hayan sido las plazas pueblerinas, y ahora la azotea de la casa de Juanito Ramos, ayer compañero de correrías y erigido hoy en su representante.

Y por todo comentario de este su segundo éxito en Madrid, Rafael Llorente se limitó a decirme:

—No puedo decir que hoy haya vuelto a casa contento del todo. La corrida salió muy buena, y con esta clase de enemigos pude haberme superado aun más. Trataré de conseguirlo el próximo jueves, cortando orejas a los dos "pablorrromeros" que me toquen en suerte.

Si fuera cierto que lo que hace que el mundo dé vueltas es la fuerza engendrada por la vanidad de los mortales, habría que convenir que Llorente influye poco en el movimiento de rotación de la tierra.

GONZALEZ

Al mejicano lo hallé acostado y bien liada la cabeza por un pa-



Llorente firma un autógrafo



González y Llorente charlan antes del paseillo



Felipe González con un amigo

ñuelo para amenguar los efectos del fuerte chicón que le originó el torito de Guardiola lidiado en quinto lugar.

En una mesita de noche, varias estampas religiosas, destacando una de la Virgen de Guadalupe. No lejos de ellas, desde una fotografía de regular tamaño, un bello rostro de mujer —la esposa del diestro—, junto a una infantil cabecita, parecen, con sus sonrisas, infundir confianza al ser querido.

Felipe, a mis preguntas, adujo que no pudo acoplarse a sus dos enemigos. Al primero, porque lo picaron con cierta parquedad, y por cierta sosería, que fué acentuando a lo largo de la lidia.

En cuanto al segundo, poco recordaba, pues la paliza que le propinó le impidió darse cuenta cabal de lo que hacía. Sólo sabe que no quiso irse a la enfermería y que, como un autómatas, se lo quitó de delante.

—Y ¿qué más podía hacer —exclamó con doliente acento— si el «hijo de Satanás» me puso las costillas más marchitas que las mejillas de una vieja solterona?

JIMENEZ

Cuando arribé a la habitación del vallisoletano, torero y apoderado estaban enfrascados en el siguiente diálogo:

—Desengáñate, Carlitos —decía el segundo—; a ti te sobra valor; pero andas muy mal de picardía.

—Si te referes a mi primer novillo, debes tener en cuenta que se quedaba mucho y no hacia por la muleta.

—Conforme. Le has sacado buenos muletazos; pero debieras haber dado a la faena mayor alegría, defecto por el cual no trascendió al público en todo su valor.

—A ese bicho lo cojo más puesto, con diez novilladas toreadas, y por la gloria de mis difuntos que hoy armo un «bochinche» en la Plaza. ¡Eso lo saben hasta en la Punta de Tarifa! Ese mismo toro, con ochenta kilos más, hubiera sido una res de bandera.

Dirigiéndose a mí, Carlos Jiménez continúa:

—Lo que hoy me perjudicaba no era otra cosa que ser la primera corrida con caballos que toreaba este año. No obstante, puede usted decir que si tengo suerte y mi Patrona, la Virgen del Carmen, lo permite, pienso tomar la alternativa en la feria de septiembre de Valladolid.

¿Llegarán a buen puerto estos proyectos? El viaje es largo: pero, ¿quién sabe las cosas que de aquí hasta el otoño pueden suceder!

F. MENDO

BANDERILLAS DE FUEGO

Por ALFREDO MARQUERIE



Como es el primer día del cambio de hora, la gente se confía demasiado y llega tarde, despertando los gritos de "¡Sentarse!", que son los más feroces y enconados de las corridas.

El primer escalofrío de terror lo levanta ese peón a quien el toro, de salida, parece que va a aplastar contra la barrera.

Por excepción, el viento no fué un pretexto, sino una realidad peligrosa.

¡Qué sed tan abrasada la de la roja garganta de la muleta cuando el mozo de estoque, la rocía con el botijo!

R. Llorente

Si uno fuera revistero, titularía así la reseña de la faena del que ganó la oreja: "Llorente, o la importancia de estar quieto."

Siempre hay espectadores despistados que van a los toros por primera vez, y al estoque le llaman sable, y cuando va a sonar el clarín, dicen: "Ahora tocarán los trompetas."

A Jiménez, que hizo una buena faena, nos habría gustado verle con un toro que no se cayera. Tiene, además, un tic muy gracioso: mueve los hombros para ajustarse bien las sigas, y cuando conviene da explicaciones a las del tendido.

Hay un picador que para no caerse convierte la pica en remo y boga sobre la arena de la Plaza. Otros, en cambio, salen bajo el jamelgo caído como galápagos o tortugas sin caparazón.

González esconde las manos en las mangas y mueve y meca los brazos pinturescamente, como al compás de un imaginario pasodoble.

Pone González las banderillas de un modo escalofriante, impresionante, y nos da el gran susto con su cogida, porque el asta del toro le hace saltar la moña y todos creemos que le ha arrancado un pedazo de cuero cabelludo.

Su "quite de la mariposa" fué más bien, por la gravedad, "quite de murciélago".

Al último toro se le rompe un cuerno. Es la vía del tren con un solo riel, la consola con un solo florero, el radiador del auto con un solo taro.

En los tendidos es donde la lumbre de los pitillos se aprovecha más de nuestra distracción para quemarnos los trajes. "¿Cuándo habrá sido?", nos preguntamos al ver el traidor agujerito en la tela. Y fué no les quepa duda, cuando nos enmovíamos "con aquella faena".

C. Jiménez



F. González

LA LIDIA DEL TORO BRAVO

¡ZAPATERO, A TUS ZAPATOS!

Por JOSE CARLOS DE LUNA



PAULATINAMENTE, pasito a paso de concesiones y sensiblerías, ha llegado la afición a un equivocadísimo concepto de lo que es y para qué es la lidia del toro bravo. Muy concisamente la analizamos; primero, en su esencia, y después, en su presencia.

El fin que la fiesta persigue es matar al toro; y si todos los procedimientos fueran buenos y todos los lidiadores estuvieran facultados para ese fin, sería plausible el malintencionado encono: desde el del peón, que mata la larga en el olivo, para que en su madera o en los pilares que la aguantan se descuerne el morlaco, hasta el del puntillero, que le parte

el cerviguillo, todos contribuirían al fin previsto, y alzándose con el laurel del triunfo, sin distinción ni titubeos, el que diera al traste con la fiera. Pero... ¿verdad que no es así?

Bajo el nombre genérico de lidiador se agrupan cuantos en el ruedo actúan. Las experiencias y el arte los fueron clasificando luego con arreglo a las funciones que deberían desempeñar: picadores, peones de brega, banderilleros y matador.

Antaño, cada cual respondía a su oficio sin invadir los campos de las respectivas atribuciones: el picador, picaba; el banderillero, banderilleaba; el peón, recortaba, y el matador hacía posible la suerte de matar, ya estilizada y definida, luciendo con la muleta su valor, su inteligencia y su gracia, en servicio siempre de preparar a la res para la suerte suprema. Por eso se cristalizó en éste la afición más bullanguera, la popularidad más cacareada y la plata de mejor ley; los otros eran colaboradores asalariados, sin voz ni voto; ¡comparsas!

Ya están en su tercio los picadores de tanda; la seda es pedestal de la belleza, y se desdobra la púrpura y el oro de la percalina.

¡Tarari...!

Saltó a la arena un cinqueno.

Lo corre el ponaje recortándole patas, procurando todos que la instintiva fiereza no remate en tablas...

Ya arremetió contra un jamelgo. El jinete se reúne y pica en la pelota. ¿Para restar vida al toro que se abrochó con el caballo? No, hombre; eso no es el oficio del picador, ni la garrocha de limoncillo permite el asesinato; casi estoy por decir que más que arma ofensiva es instrumento que alivia; lanceta que, sangrando sin dolor —en la pelota no hay nervios—, descongiona y refresca.

¿Para qué entonces la suerte de varas?

Pues para que se quebrante el poder y la cabeza —su mano armada— se ahorme, haciéndole posible al matador llegar al hoyo de las agujas con la crucetilla del estoque.

Apomado y fijo, en lo posible, le gaba el toro a la suerte de banderillas, libro abierto ante los ojos del que tenía que matarlo, que lee en sus instintos, y también ante los del público, que desdificaba sus exigencias con arreglo a las dificultades que descubría en la prosa.

El matador ha brindado y se encamina en busca del toro, que le aguarda cansado y quebrantado, no agonizante. Bien lo prueban las muchas reses perdonadas que curaron de los quince o veinte puyazos y pudieron seguir aportando en las ganaderías la herencia de su bravura.

¿Creéis que hoy curará el utrero o el cuatrefiello del par de lanzazos barrenados y del berrinche de la brega descomunal y malintencionada?

Por nuestra parte, afirmamos que si al Tarari de la muerte todos los toreros se retiraran al callejón... o a la fonda, y dejaran al pobre animalucho tranquilo y sosegado, pocos minutos tardaría en pegar la penca a las tablas, hacerse la cama y echarse, ansioso del puntillazo liberador de las torturas de la agonía.

Porque usted, maestro, lo que hace es estirarse, pampinando ante un pobre enemigo que se muere a chorros y que sigue topando por atavismo, pese a lo cual usted, ágil, joven, fuerte, jocundo y admirablemente pagado, todavía recela de aquel lebrillito de sopas de ajo, ¡porque las asas tienen forma de cuernos!



EFEMERIDES

DE MIERCOLES A MARTES

Por J. HERNANDEZ-PETIT

ABRIL

18

MIERCOLES

A Francisco Montes, Paquiro, le hizo popular su arte de innovador, de creador.

Pero si continúa en boga, se debe, principalmente, a que desde que comenzaron a cantarle las tonadilleras de mil ochocientos treinta y tantos, ha seguido manteniéndole y encumbrándole este procedimiento de propaganda innegable. Conchita Piquer, Mari-Paz y Lola Flores son las últimas a quienes hemos visto abrir el clavel de sus labios —¡olé, vaya frase!, ¡contento me tengo!— en honor del Napoleón de los toreros, quien, aunque los autores discrepen, evidentemente tomó la alternativa el 18 de abril de 1831. Tenía veintisiete años, era de Chiclana y, por cierto, largó al del doctorado un pínchazo, un sartenazo innoble —pues "salió tres cuartos de estoque por un brazuelo"— y dos estocadas más. Claro que todo esto no quita para que realmente haya sido el primer matador de toros de todas las épocas.

Ahora, aunque se me ha anticipado mi admirado y querido Barico —recomiendo repasar el número anterior de EL RUEDO—, me veo precisado a escribir que Gordito padre nació el 19 de abril de 1838. Fué en su época tan popular como Manolete en la nuestra, y su nombre, incluido entre los banderilleros, se escribió en los carteles con letras mayores que las que se anunciaban a los matadores contratados. La tomó con él el público de Madrid, ya matador de alternativa, mientras Sevilla le consideraba el mejor de los mejores. Murió rico, a los ochenta y dos años de edad. Procuren imitarle en estos dos últimos detalles los diestros de hoy, así como todos mis lectores.

Modestia aparte, por no tener en cuenta tan sabio consejo, se quedó en los treinta y ocho el primero de los Pepetes. Jócínero, de Miura, derribó al picador Calderón, y Pepete tuvo que acudir al quite precipitadamente, pues había saltado la barrera y se entretuvo hablando en el callejón. Un puntazo en la cadera derecha, otro bordeando el corazón y una cornada que le destrozó el pulmón apagaron la mirada de José Dámaso Rodríguez en la enfermería diez minutos después.

Por sí con un ejemplo no basta, pues hartos sabido es que la letra con sangre entra, y lo que yo deseo es que todos los lectores de nuestra revista vivan por lo menos tantos años como Gordito, diré que el Velonero murió el 21 de abril de 1867, a los treinta y siete años de edad, y que Florentino Ballesteros expiró trágicamente asimismo el 22 de este mismo mes, en el año 1917, y tan sólo a los veinticuatro años.

El Velonero —que fabricó o vendió velas, a causa de no haberse inventado aún la luz eléctrica— fué picador y nació en la patria de la cera con cabos: en Lucena. Creyó encontrar más luz con las puyas en triste, y deslumbrado, sin llegar a picar en Madrid, que era su anhelo, dejó de existir en el hospital zaragozano de Nuestra Señora de Gracia a consecuencia de una caída que le proporcionó Pintado y por haber querido demostrar que con la cabeza se bastaba y sobraba para acabar con todas las barreras de las Plazas de Aragón y de España entera. Como puede verse, no tuvo mucho éxito.

En cuanto a Ballesteros, que vivió primeramente en la Inclusa y alcanzó la mayor popularidad como matador de cartel, después de darle la alternativa Joselito en Madrid, alternando el día antes mencionado con el astro que se eclipsó en Talavera y con Bienvenida padre, murió en Madrid en la fonda de Los Leones y como resultado de un cornalón en el pecho.

El día 23 de abril de 1874, y con el fin de allegar fondos a la Cruz Roja, recién establecida en España, se celebró una corrida extraordinaria en Madrid, en la que Frascuelo lidió y mató insuperablemente seis toros andaluces de don José Bermúdez. Sobrado de facultades, Salvador "no se sentó ni una sola vez durante toda la corrida", que empezó a las cuatro y terminó a las seis en punto. Los frascuelistas —que tenían más rencor a los partidarios de Lagartijo que los futbolistas del Real Madrid o del Atlético Aviación hoy mutuamente se tienen— le dieron al suceso un aire de cien mil pares de ventiladores. Y hasta que Lagartijo logró desquitarse, los seguidores de Rafael las pasaron más moradas que el Andalucía cuando piensa que tiene que volver a torear en la Monumental de las Ventas.

Y, para terminar esta semana de efemérides, agitemos nuestro botafumeiro de uso particular en honor de Jaquetón —toro de Solís, con divisa encarnada, cárdeno, chorrado y cornicorto—, que se lidió en Madrid el día 24 de abril de 1887. Ha sido una de las reses que más bravura han demostrado sobre la arena de la Plaza madrileña. Aguantó nueve puyazos, derribó otras tantas veces y mató siete caballos. Uno de éstos, haciéndose el muerto, le arreó a mansalva una coz en el testuz, de tal categoría, que le dejó más quieto que un espectador hipnotizado por Fasman. Inútil fué que salieran a por él los cabestros a petición del público. Currito le descabelló, y desollado —después de una ovación clamorosa en el arrastre—, se vió que tenía roto un pulmón, debido a su empuje contra los cuadrúpedos de montura. Empuje, no de torito de hoy, sino de toro de entonces.

ABRIL

24

MARTES



Cayetano Ordóñez, hijo del Niño de la Palma

El hijo del Niño de la Palma no es de Ronda, pero también se llama Cayetano

No tiene prisa por tomar la alternativa y quisiera que fuera en Sevilla esa tarde que con tanta ilusión espera



El Niño de la Palma, hijo

HEREDERO del nombre de su padre, aunque no de su estilo, este muchachito imberbe, simpático y cordial, este Niño de la Palma de hoy será también muy pronto figura de categoría.

Cayetano ha pasado unas horas en Sevilla, de paso para el campo. Toda su ilusión está ahora fija en la novillada de la feria. En las dos corridas que hasta ahora toreó en Sevilla se ganó —con los trofeos de sus enemigos— la estimación de la afición, y es natural que le preocupe su próxima actuación.

—Porque tengo —nos dice— muchas ganas de hacer el paseillo en la Maestranza...

CAYETANO ES DE DOS HERMANAS

—¿Pero tú no eres de Ronda?

—No; yo soy sevillano. O, mejor dicho, de Dos Hermanas, que es como si fuera un barrio de Sevilla. Pero he vivido muchos años en Madrid.

—¿Allí nació tu afición a la fiesta?

—Sí... Un día, yo tenía seis o siete años, me regaló Ripollet, que era el que hacía los capotes a mi padre, una muleta y un capote pequeños, que yo estimé como el más preciado premio. El mozo de espadas de mi padre, Miguel Laguna, que hoy viene conmigo, era el que corregía mis defectos. Yo toreaba todo lo que se me ponía delante. Cuando no conseguía que los perros embistiesen, obligaba a mi hermano Juan a que pasara por los vuelos de mi capotillo. Después vino la guerra, la salida de Madrid.

—¿Cuáles son los primeros recuerdos taurinos que conservas de la época en que tu padre era torero?

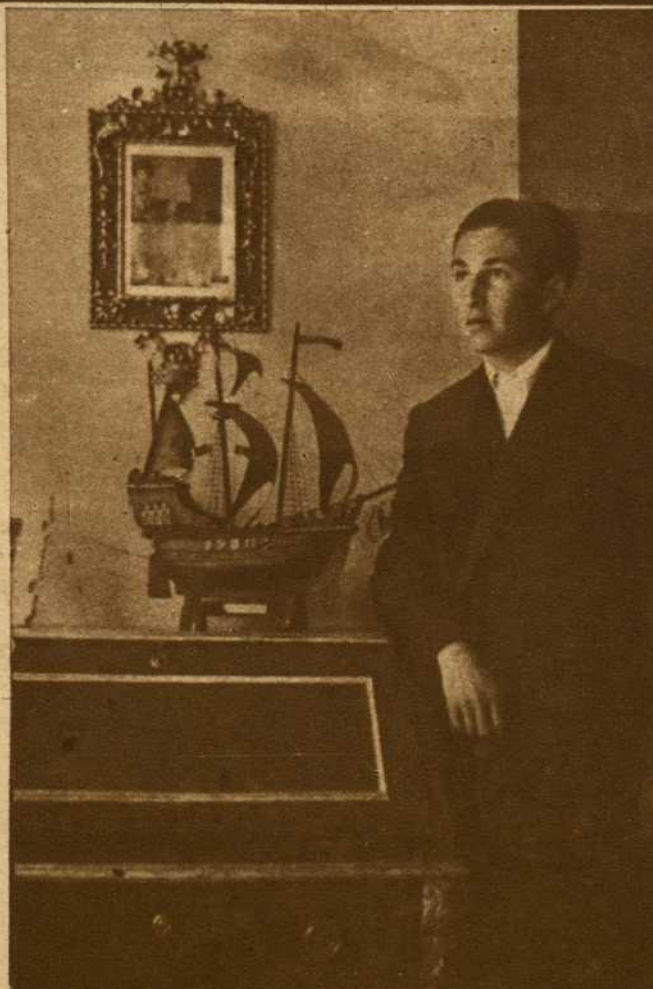
—Yo creo que la primera vez que me di cuenta de la profesión de mi padre fue una vez que lo trajeron en hombros a casa, porque yo entonces no comprendía muy bien esas cosas; había matado un toro recibiendo. Yo tengo de esos primeros años de mi vida una visión confusa de trajes de luces, mezclada con la angustia de mi madre...

—¿Cuándo te pusiste la primera vez delante de un becerro?

—En 1941, en el mes de marzo, en un festival organizado por Zuloaga, en la placita de las Ventas. Aquel día mató por vez primera un becerro Rafael Albaicín. Yo no hice entonces otra cosa que darle seis u ocho capotazos a un becerrote. Pero aquello me gustó tanto que ya no perdí ocasión de entrenarme. Fui a varios tentaderos, y al fin me decidí a matar un añojo. Tenía yo poco más de trece años.



El nuevo Niño de la Palma reparte sus aficiones entre los toros y la lectura de novelas policíacas



El nuevo Niño de la Palma, que piensa emular las glorias de su padre

—¿Dónde se celebró el festejo?

—En Cortes de la Frontera, un pueblito de la provincia de Cádiz. Fue el 21 de agosto de 1941, con ocasión de la feria de ese lugar. Toreé y maté un becerro de don Daniel Salas. Aquel día me vió mi padre torear por primera vez. Pero no me dió su opinión...

—¿Ni se opuso a tus deseos?

—Tampoco. Mi padre hubiera querido para mí otra profesión menos arriesgada; pero nunca intentó convencerme de que dejase mi afición. Ni tampoco me alentó... Es más: nunca me ha dicho ni cómo debe cogerse un capote.

EL PRIMER TRAJE DE LUCES

—¿Cuándo te vestiste de luces por vez primera?

—El 8 de septiembre de 1943, en Ronda... Aquel día alterné con el hijo de Cagancho y Pepín Martín Vázquez. Matamos seis utreros de López Plata.

—¿De qué corrida guardas mejor recuerdo?

—De mi presentación en Sevilla, con ganado de Tovar. Fue el 30 de julio del pasado año. Fue la primera vez que toreaba con picadores. Al tercer toro, Manchego le corté las dos orejas y el rabo. Pesó 220 kilos...

—¿Cuáles son tus propósitos?

—Seguir de novillero durante algún tiempo. No tengo prisa por tomar la alternativa. Cuando llegue la hora, me gustaría que el acontecimiento tuviera como escenario Sevilla. Y como fecha, la feria de abril...

—Entonces, ¿el año próximo?

—Ya veremos...

—¿Qué suerte te gusta más?

—La muleta. Y concretamente, el natural, con su complemento obligado: el pase de pecho.

—De no ser torero, ¿qué te hubiese gustado ser?

—Torero...

—Pero tendrás otras aficiones...

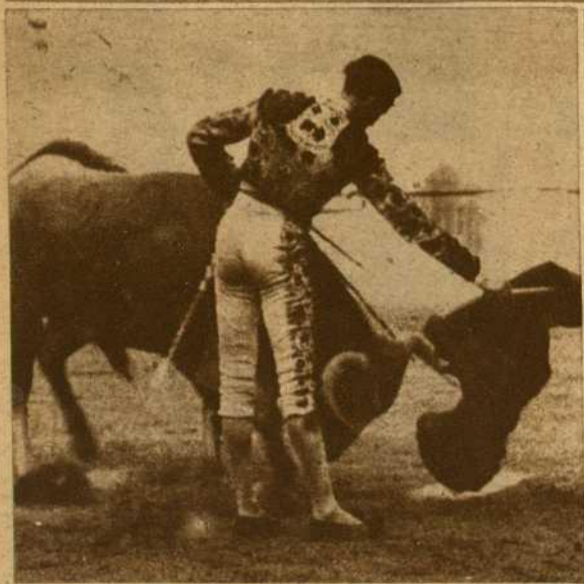
—Leer novelas policíacas.

Reímos. Pero Juanito, hermano de Cayetano, que este año va a comenzar a torear becerretes, para convencerlos, nos trae una colección de novelas de misterio, intriga y aventuras, que harían las delicias de los aficionados a esta clase de lecturas. Y ante ese aluvión no nos atrevemos a dudar ni un instante.

F. N. G.

Sevilla, abril de 1945.

CARTEL DE BARCELONA



Un gran muletazo de Luis Miguel Dominguín en uno de sus toros



Un farol de rodillas de Luis Miguel en la corrida celebrada el domingo en Barcelona



Un muletazo por alto, mandón y torero, de Luis Miguel a su primer toro



Luis Miguel Dominguín, Armillita y Pepín Martín Vázquez, con las cuadrillas, antes de hacer el paseíllo

RESEÑA

BARCELONA, 15. — Plaza Monumental. Tarde calurosa. Cuatro toros de Samuel Hermanos y dos de Ramón Gallardo (el primero y el tercero). Preside el señor Berrio, oficial del Gobierno Civil. Los toros de Gallardo, bien presentados, pero mansos, y los de Samuel Hermanos, de espléndida lámina, con mucho poder y bien armados.

Primero. — Lances suaves y apretados de Armillita. (Ovación.) Coloca tres pares de banderillas de poder a poder. (Ovaciones.) Inicia la faena con unos pases de tanteo por bajo. Continúa desde cerca y mata de un pinchazo y una entera. (Grandes aplausos.)

Segundo. — Dominguín lo saluda con una larga cambiada, de rodillas. Ovación que se repite al veroniquear. La faena de muleta se compone de tres pases sentado en el estribo, otros con la derecha y en redondo. (Aplausos.) Siguen derechazos, ayudados por alto y adornos. Mata de un pinchazo, una entera y media alta. (Ovación.)

Tercero. — Pepín Martín Vázquez oye aplausos por sus verónicas. En su faena intercala ayudados por alto superiores, otros por bajo, derechazos, etc. (Música.) Mata de una estocada defectuosa, otra en la cruz y descabello al cuarto golpe. (Ovación.)

Cuarto. — Armillita torea de capa muy apretado, y se le ovaciona. Hace una faena desde cerca con pases por bajo y en redondo, adornos y rodillazos, que se ovacionan. Mata de una estocada y descabello. (Ovación.)

Quinto. — Dominguín lo espera en la puerta de los toriles, y de rodillas da una larga afarolada impresionante. (Ovación.) Sigue con verónicas muy ceñidas. (Aplausos.) Realiza una faena por naturales, pases de pitón a rabo, en redondo, molinetes, rodillazos, desplantes, etc. Un pinchazo y una estocada. (Ovación.)

Sexto. — Pepín lo fija con la capa en dos tiempos. Da unos pases de castigo. Más faena de dominio, para un pinchazo y descabello al tercer intento.

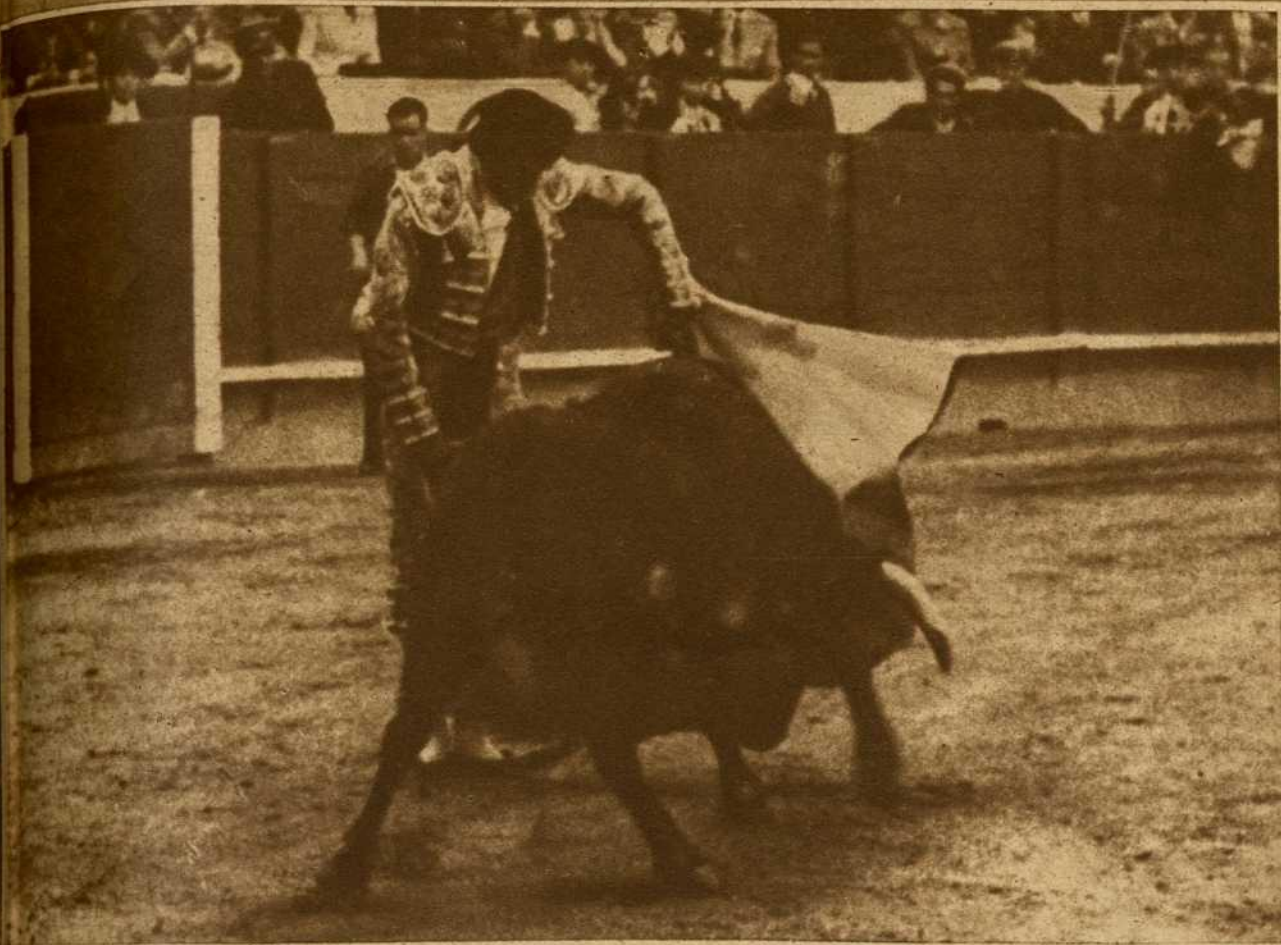
Pesos de los toros: 264, 255, 276, 285, 284 y 283 kilos, respectivamente.



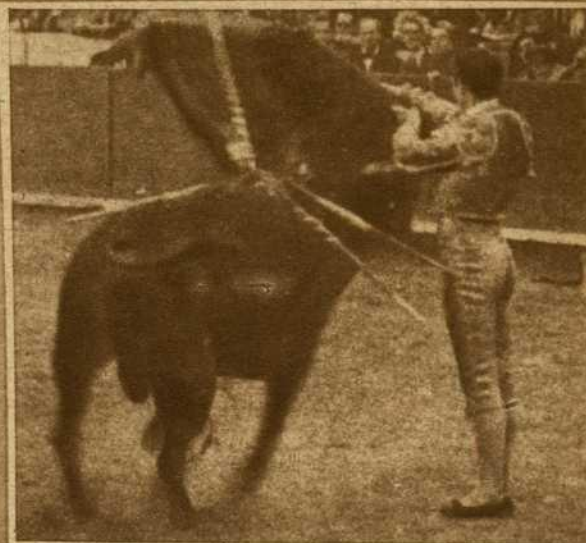
Armillita en una apretada media verónica en el toro de su presentación en Barcelona

PRESENTACION DE ARMILLITA

LUIS MIGUEL DOMINGUIN Y PEPE MARTIN VAZQUEZ



Armillita llevando el toro suavemente en media verónica templadísima



Pepín Martín Vázquez, quieta la planta, en un gran pase por alto



Pepín Martín Vázquez toreando a la verónica en su primer toro



Fermín Espinosa entrando a matar uno de sus toros

JUICIO CRITICO

BARCELONA 15. (De nuestro redactor Subirán). Con la plaza casi llena hicieron el paseillo las cuadrillas. A su frente, montera en mano, Armillita, el gran torero mejicano, recibido con unánime salva de aplausos, prueba elocuentísima de la complacencia con que se le veía tras nueve años largos de ausencia. Junto a él los jóvenes diestros Luis Miguel Dominguín y Pepín Martín Vázquez. Cambióse la seda por el percal, se recrudeció la ovación...

Se habían anunciado seis astados de Samuel Hermanos, esto es, procedentes de la misma vacada que tan buen sabor dejó en la extraordinaria del jueves —y al revés os lo digo para que me entendáis—, pero quedaron —no sabemos por qué— reducidos a cuatro. Y creed que sobraron los cuatro. Como sobraron también los dos de don Ramón Gallardo que completaron la corrida. Bien presentada, eso sí, pero mansos de solemnidad con todo y no foguearse ninguna de las reses, porque para evitarlo estaban allí unos peones que sabían colocarse a la derecha de los picadores —cosa muy reglamentaria— que evitaran la tendencia a la huida que acusaron los cornúpetas.

Armillita nos hizo concebir esperanzas cuando dibujó cinco lances primorosos y media verónica finísima a su primer enemigo, al que puso luego tres excelentes pares de banderillas cuarteando; pero ni en el trasteo, de puro aliño, ni con el estoque, con el que no quiso exponer en ninguno de los dos viajes, nos gustó nada, como tampoco en el cuarto, en el que la faena, toda sobre la derecha, careció de emoción, deslizándose sosa y sin

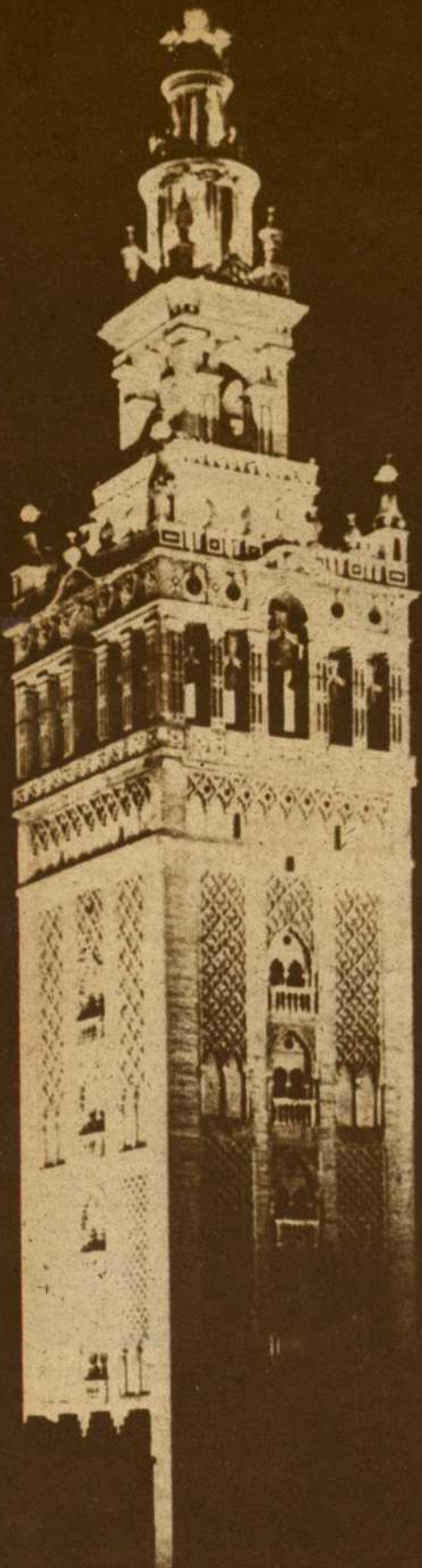
interés. Una estocada, un certero descabello y a esperar.

Había curiosidad por ver torear al pequeño de los Dominguín. El mozo ha hecho muchas cosas, aunque no le ayudasen los astados, cuyo mal estilo se acusó particularmente en el último tercio, en el que demuestra estar fuerte Luis Miguel. Esta tarde, en las dos faenas, hubo mucha voluntad y mucho valor, logrando dejar en el ambiente un deseo mayor si cabe del que había por verle con toros que permitan lucimiento, que embistan, en una palabra.

Pepín Martín Vázquez, que tiene aquí buen cartel, hizo los posibles por sostenerlo, ya que aumentarlo era en esta corrida poco menos que imposible. Algún lance suelto, tal cual quite revelador de su gran clase con el capotillo, fué lo más que pudo hacer en el primer tercio. Nada en el segundo —el tan excelente banderillero no recibió los palos en ninguno de sus enemigos—. Y una faena valiente y decidida, exponiendo mucho —demasiado, quizá— en su primero, al que a fuerza de pisar zonas prohibidas pudo sacar algunos pases. Matando, mal en los dos, sobre todo descabellando, en cuyos repetidos intentos se hizo sumamente pesado.



Pepín Martín Vázquez doblándose por bajo con el toro (Fots. Valls)



COLOR y GRACIA de SEVILLA en ABRIL

TORRENTES de tinta se han derramado escribiendo sobre el encanto misterioso de la feria de abril de Sevilla, la única que goza de fama universal de cuantas se celebran periódicamente en Europa. Viajeros oriundos de los más apartados confines concurren, desde hace casi un siglo, a saturarse de las embriagadoras bellezas que ofrece a manos llenas la feria sevillana.

Poetas y escritores ilustres, propios y extraños, atraídos y ganados por la presencia de color y el ambiente de poéticos ensueños, han cuajado hermosas piezas líricas, cantando a la rosa de los vientos, en filigranas de gran estilo, los cuadros portentosos de luminosidad y auténtico folklore andaluz que su retina recogiera en la ciudad de la Gracia.

Y es que abril lleva a Sevilla un programa de vida exuberante y lozana, que todo lo invade, renueva y alegra. Tornan otra vez los días largos de azul y oro con la riente primavera y sale de nuevo a la superficie la versión decorosa de lo que es el pintoresquismo neto y nato, los estilos y las costumbres hispalenses.

Allí se dirimen las cosas más complejas entre chatos de dorada manzanilla y fandangos tristes de la tierra. Allí están los cantaores de alma jonda, que en la Semana Santa lanzaron en la encrucijada, al paso lento de la Macarena, el dolor humano de la saeta, sin los afeites ni falsías del *tablaó* flamenco, que es donde se adultera el castizo sabor del canto, donde empequeñece y achata al mercantilizarse; esos émulos de Juan el Breva, entre cuyos entresijos anida el espíritu y la física de la campiña bética, cálida y luminosa, que aroma la sojera de los buenos caldos españoles. Allí es donde brilla, mejor que en ningún otro rincón de Iberia, todo lo castizamente español, con gracia y buen estilo, que nada tiene que ver con esa leyenda negra que han dado en llamar «españolada», con jipíos y guitarras, y la cabeza de toro detrás de la puerta.

Respetemos y defendamos ese acervo de hábitos, que a nadie molesta. Todos los pueblos cultos del planeta hacen lo propio, y nadie se escandaliza por ello.

Destacan entre los festejos las clásicas corridas de toros, la fiesta de hondas raíces hispanas, que en Sevilla tienen resonancia excepcional, acaso por ser la cuna del toreo, o tal vez por las escenas de pintoresquismo de los tropeles de vaqueros y garrochistas conduciendo los toros de lidia, que ganan en color y emoción a las mismas corridas en el coso del Baratillo. Y las fiestas de las dehesas, en el acoso y derribo a campo abierto, que es donde el toreo alcanza el máximo de gallardía y belleza. En el toreo campero está la tradición del estilo señor, el arte a la jineta, cuyos blasones son la garrocha, el caballo y la silla vaquera; la pureza de arte que más tarde se mixtifica al industrializarse en las Plazas de Toros.

Llanadas cortijeras, donde pastan los toros de «tronío», que son de antiguo escuelas de un toreo que sabe a manzanilla y huele a romero. De esos campos ubérrimos, dorados por el sol de las marismas, salió aquel célebre gañán que, harto de recortar a las reses chaqueta al brazo en las serenas noches sevillanas, paladeando sin testigos su emoción, pasó como profesional a los ruedos, consagrándose en poco tiempo héroe del pueblo: Antonio



Cartel de la feria de Sevilla del año actual

Reverte, el de la novia, los picadores y el pañuelo. Y más tarde, Juan Belmonte, el zagalón oscuro que cruzaba a nado el Guadalquivir en la calma sugerente de la noche lunera y se adentraba hasta las corralizas de Tablada, para jugar el corazón ante las buidas cornamentas, en las que los rayos de plata ponían reflejos de aureola.

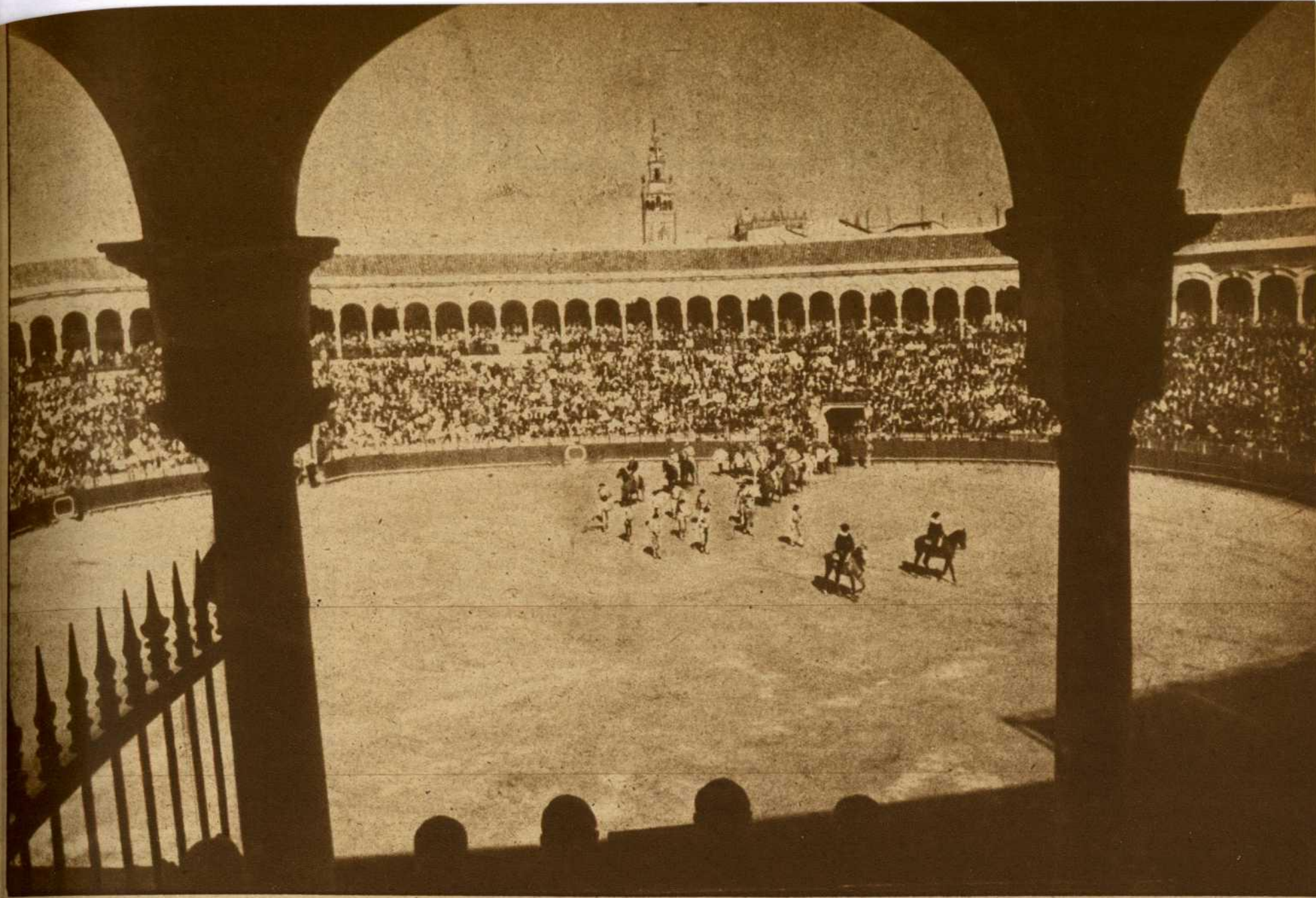
¡Sevilla en abril!... ¡Cuántas añoranzas nostálgicas y encantadoras duermen allí!...

Gentes de todas las clases y rangos sociales se confunden en admirable compadrazgo. Allí está el rey de la vía pública, el dios de los panatas, que hace pasar a los sevillanos horas felices. Las gentes marchan contagiadas del mismo aturdimiento en pos de la musaraña de la sin par feria andaluza. Todo el mundo ríe con risa franca; se bebe y se canta de buena gana hasta el filo de la madrugada. Y entre la cordialidad y el estrépito del ambiente, cruza por barracas, casetas y *colmaos* el gracioso pregón ambulante de todos los años y de todos los días feriados:

- ¡Camaronos de la Isla!
- ¡Gambas de Cádiz!
- ¡Salaillas!
- ¡Bocas del Puerto!...

AGUSTIN ALVAREZ TORAL





SN que signifique restar méritos a los festejos taurinos que se celebran en otras Plazas, es lo cierto que hasta que no suena el clarín en

la Plaza de la Real Maestranza sevillana para que se dé suelta al primero de la corrida inaugural de la feria abrioleña, los buenos aficionados no consideran abiertas de par en par las puertas de la temporada. Es verdad que este año la concurrencia en los carteles de la feria sevillana de las figuras primerísimas del actual escalafón de la torería andante presta singular relieve a la fecha. Pero si así no fuera; si en los carteles no estuvieran presentes los nombres de Manolete, Pepe Luis, Arruza, Pepín Martín Vázquez, Bienvenida y Fermín Rivera; si el nombre de Miura, y demás ganaderos ilustres no prestigiasen con su asistencia el festejo, "esa alegría bajita" del ruedo del Baratillo mantendría igualmente su nombre como obligado preludeo de la temporada taurina.

Desde que en 1761 la Real Maestranza de Caballería de Sevilla decidió construir una Plaza permanente en el mismo lugar que se habían alzado las dos de madera —es decir, en el lugar denominado Baratillo, que servía de basurero a la ciudad—, el fervor de los aficionados proclamó este redondel "el más ilustre de Es-

LA MAESTRANZA

CARTEL DE SEVILLA

paña. De tal forma, que durante muchos años era la Plaza sevillana, con la de Ronda, la que daba antigüedad en las alternativas de los toreros.

Su prestigio, mantenido a todo lo largo del siglo XIX —mientras se terminaba el graderío de piedra y se cubrían las gradas altas—, pesó siempre en la historia de la fiesta. Y de tal forma gozó siempre del favor de los sevillanos, que cuando, al calor de la competencia Joselito-Belmonte, a unos capitalistas poderosos se les ocurrió hacer otra Plaza mayor —la Monumental, alzada en el barrio torerísimo de San Bernardo—, el proyecto, ya realizado, fué un rotundo fracaso, a pesar de que en el nuevo circo se ofrecían mayores comodidades y su cabida, superior a la de la Maestranza, permitía precios más baratos.

Durante muchos años, la mole de cemento armado de la Monumental fué el paisaje sevillano de la Puerta de la Carne un monstruo que se iba muriendo a pedazos, mientras la Real Maestranza seguía en pie, con su redondel amarillo, y la Giralda, allí detrás, como el mástil de piedra de una gran bandera celeste y luminosa.

La Maestranza brillará un año más en esta Feria. Color, por el Cielo de Sevilla. Alegría en los tendidos, por la presencia de las mocitas andaluzas.



Historia taurina de

Su última campaña en Méjico. Otra cornada. Las 61.000 pesetas de la Asociación de Toreros. ¡Diecisiete corridas en Madrid!

CAPITULO XXII

SUSPENDIDA en Barcelona, por lluvia, la última corrida que debía torear el 28 de septiembre de 1913 —año en el que Vicente tomó parte en cuarenta espectáculos, matando noventa y nueve cornúpetas—, fué nuevamente contratado para actuar en Méjico, y unos días después de permanecer en los baños de Fitero, el 15 de octubre salió de Madrid para Cerebunjo.

Volvió de nuevo el diestro madrileño a presentarse ante la afición mejicana, y ahora lo iba a hacer con Belmonte, doctorado éste por Machaquito en la Plaza vieja madrileña el 16 de octubre, última corrida que el espada corrió en su taurómaca existencia.

Ya en Méjico, el 2 de noviembre del expresado año trece se presentó Pastor en la Plaza El Tero, en unión de Luis Frig, despachando ambos seis toros de Piedras Negras, y al siguiente día 9 se enfrentó por primera vez con Juan Belmonte, lidiando reses de San Diego de los Padres.

Si bien estuvo el sevillano, no le fué en zaga el madrileño, siendo los dos objeto de grandes ovaciones.

Con Rodolfo Gaona reapareció Vicente el 30, con bovinos de Tepeyahualco; pero en esta ocasión la suerte le fué adversa, pues cogido y herido por el primer toro en el muslo izquierdo, el mejicano tuvo que despachar toda la corrida.

Hasta el 4 de enero de 1914 ya no volvió Pastor a vestir el traje de luces, cosa que hizo en dicha fecha para doctorar al diestro Charrito, con astados de San Diego de los Padres.

Veraguas estoqueó con Gaona y Vázquez II el 11 del susodicho mes, y con Gaona y Frig, ganado de Miura, el día 18. Fueron de Piedras Negras los cornudos lidiados el 25 y el 1 de febrero. En la primera corrida alternó con Rodolfo, y con Belmonte en la segunda.

Tres toros de Piedras Negras y otros tres de Peláez lidió con Gaona y Belmonte el 8 del segundo mes del año, y los mismos espadas le acompañaron en la corrida del día 15, última de Vicente en Méjico, concurso de ganaderías del país.

En estas diez corridas estoqueó veintidós reses, dejando a los espectadores contentos con su trabajo, en el que hizo gala de torear con la mano izquierda y dominando, por lo que algunos rivales le llamaron el torero de la muleta garra.

Regresó a España de su cuarto viaje a Méjico a primeros de abril del catorce, y a los pocos días, el 12, con Bienvenida, Martín Vázquez y Terquino, inauguró en Barcelona la actual Plaza de Toros Monumental con la lidia de ocho reses de la casa ducal de Veragua.

Retirado Ricardo Torres, Bombita, el año anterior, en aquella famosa corrida a beneficio de la Asociación de Toreros, había sido elegido, para sucederle en la presidencia de esta entidad, Vicente Pastor.

El emaresario, don Julián Echevarría, retinia en su poder la cantidad de 61.000 pesetas, beneficio líquido en favor de la Asociación obtenido en dicha corrida, fracasando en su intento cuantos intentaron la devolución de tal cantidad.

Antes de ajustarse Pastor para torear en Madrid, expuso

la condición previa de que Echevarría pusiera a disposición de la Asociación la cantidad expresada, dando esto lugar a algunas diferencias entre el empresario y el torero, que se hallaba dispuesto a no torear, aun perjudicándose en sus intereses.

Julián, como se le llamaba íntimamente por los amigos, accedió a los justos deseos de Vicente; volvieron las pesetas a la Asociación, y ésta dió un voto de gracias a su flamante presidente.

También el torero de la casa del ascensor se prodigó, este año catorce en el caso de la carretera de Aragón, pues fueron diecisiete corridas las que en aquel toreo.

Puede decirse que con éstas y las de Barcelona, donde actuó en ocho tardes, casi echó el completo de la temporada.

Joselito y Belmonte eran la máxima novedad, y por consiguiente, monopolizaban el cotarro taurino con sus indiscutibles méritos.

Estos fueron los espectáculos en Madrid celebrados con la intervención de Vicente: 13 y 19 de abril, toros de Benjumea y Veragua, respectivamente. El primer día alternó con Cocherito y Belmonte, y el segundo, con Regaterín y Paco Madrid.

Mayo: 3, 14, 15, 16, 24, 26 y 30, reses de Santa Coloma, V. Martínez, Benjumea, Veragua, Salas, Cobaleda, Aleas, Pablo Romero y Miura; corridas en las que alternó con Rafael el Gallo, Joselito, Belmonte, Gaona y Bienvenida.

Durante el mes de junio actuó en otras cinco fiestas, que tuvieron lugar el 2, 8, 14, 21 y 28. La primera, concurso de ganaderías, y en las restantes se corrieron toros de García de la Lama, Palha y Marqués de Lién, actuando en ellas con los referidos hermanos Gallo, Belmonte, Gaona, Regaterín, Flores, Quinito, Martín Vázquez y Punteret.

En la segunda temporada, el 13 de septiembre, dió la alternativa a Salerí II, con toros de Tabarnero, figurando como testigo de la ceremonia Martín Vázquez; el 1 de octubre lidio, mano a mano, reses de Esteban Hernández con Joselito, y a los siete días siguientes, él, Gaona y Paco Madrid se las repartieron con cornudos de Benjumea.

En estas diecisiete corridas, Vicente dió muy buenas tardes de toros, y en algunas de las que toreo con Belmonte, poco dominador éste entonces, se destacó, ayudándole eficazmente.

Dió este motivo para que un periódico humorístico publicase un dibujo en el que Pastor aparecía vestido de niña, cuidando de un niño —Belmonte— con toda solicitud.

Pero donde los "pastoristas" dió rienda suelta a todos sus entusiasmos fué en la celebrada "vis a vis" con Joselito, pues Vicente estuvo sencillamente en todo soberbio, cortando una oreja. De esta corrida se estuvo hablando en los medios taurinos durante muchos días.

"El León de Castilla" no se dejaba fácilmente ganar la pelea por clavarios, y éstos querían y admiraban al maestro.

Ya citamos al principio la primera de las ocho corridas que toreo en Barcelona.

Las siete restantes tuvieron lugar el 30 de abril, 6, 10, 17, 19 y 21 de mayo y 21 de septiembre.

Lidió en festejos, por el siguiente orden, reses de Conzatti, Miura, Villalón, Campos Varela, Veragua, Albarrán, Salas y Concha y Sierra.

Con El Gallo alternó en cuatro; en tres con Joselito y Belmonte; con Paco Madrid y Posada, en dos, y en una con Punteret y Terquino.

En Aranjuez, con toros de Alas, y Regaterín y Celita, actuó el 31 de mayo, y en Toledo, el 11 de junio, con Martín Vázquez, bovinos de Veragua.

Con Punteret, mano a mano, mató toros de Alas el 29 del último citado mes, y de Concha y Sierra y



VICENTE PASTOR

El veto contra Vicente y Belmonte. El brindis a Bombita y Machaquito. La última corrida ante sus paisanos

Nandín fueron los astados, que estoqueó, alternando con Gaona, Flores y Belmonte en Oviedo el 14 de julio.

Dos corridas toreo también —25 de julio y 9 de agosto— en Santander, de Ureola y Saltillo. En la primera le acompañaron Gaona y Posada, y en la segunda Belmonte.

En una sola corrida de las celebradas en San Sebastián tomó parte —26 de julio—, y en ella, en unión de Gaona y Paribañez, sorteó ganado de Veragua.

Vis a vis con Rodolfo Gaona despachó cornudos del anterior ganado en Palencia el 2 de septiembre, y el 9 y 10 de este mes fué a la feria de Albacete, lidiando en la primera corrida, con Belmonte, reses de V. Martínez, y acompañándole en la segunda, con Veraguas, Joselito y Posada. Con este último, en Almerdalejo, el 27 de dicho septiembre, mató bovinos de Pérez de la Concha.

Para el 17 de octubre, la Empresa madrileña anunció una corrida de los Herederos de don Vicente Martínez para Pastor y Belmonte.

Desechados por falta de presentación tres de aquellos toros por los profesores veterinarios, Echevarría pretendió sustituirlos con otros tres de Veragua.

En uso de un perfecto derecho, Belmonte se negó a torear la corrida en tal forma, y Vicente no tuvo más remedio, por compañerismo, que solidarizarse con Juan.

Suspéndida la corrida, la Asociación de Ganaderos tomó el acuerdo de no vender toros a las Empresas que contratasen a dichos espadas, siendo tal veto, en el que fué envuelto Pastor de una manera injusta, comentadísimo por los aficionados.

...

Menos corridas toreo aún Vicente Pastor en el año 1915. Mantenía con toda firmeza su cartel en Madrid, pero las Empresas de provincia, no le hacían la debida justicia.

Este año, José actuó en la friolera de 102 corridas, y Belmonte, en 77.

Un escritor de gran solvencia, alejado actualmente de toda actividad periodística, don Bruno del Amo, Recorte, publicó en una revista los párrafos que reproducimos:

"Este gran torero es la prueba más concluyente para demostrar que los asuntos taurinos no marcharon siempre por la línea recta, pues si así fuera, el ex chico de la calle de Embajadores toraría tanto como el que más.

Que es en el toreo una figura indiscutible lo demuestra el hecho de que, a pesar de haber toreado sólo veintidós corridas, estando cuarenta y siete toros, figura en la primera línea.

Cuando a los toros se les hace lo que Pastor ha hecho en la Plaza madrileña, las Empresas provincianas deberían contar siempre con su concurso para las grandes ferias, porque Vicente es un matador que cumple siempre."

Abrió Pastor el paréntesis de la temporada en Madrid en la corrida de Pascua de Resurrección —4 de abril—, dando la alternativa a Pedro Carranza, Algabero II, con la lidia de seis colmenareños de Aleas, y al siguiente día, primera corrida de abono, alternó con El Gallo, Joselito y Belmonte, toros de Salas y Benjumea.

El 18 y 25 de dicho abril, y el 11 de mayo, continuó actuando ante sus paisanos en las corridas celebradas en dichos días, alternando en la primera con El Gallo y Celita, reses de Medina Garvey; en la segunda, toros de Murube, con Rafael, Joselito y Belmonte, y en la tercera, en unión de Martín Vázquez y Posada, cornúpetas de Veragua.

Asistieron a esta corrida los diestros retirados Bombita y Machaquito, y Vicente, que había estado bien en su primer toro, les brindó la muerte del cuarto, llamado Paisano, cándido, al que toró con mucha valentía, ma-

tándole magníficamente y escuchando una formidable ovación, que se hizo extensiva a las célebres espadas.

Pastor mandó diseñar la cabeza de Paisano, y en su morada la conserva.

Por cogida de Alfonso Cela, Celita, mató cinco toros de Lién en Valladolid, el 13 del florido mes, y el día de San Isidro volvió a la entonces Corte con Saltillo y El Gallo, Joselito y Posada, teniendo, por cogida de éste, que matar tres toros, siendo ovacionado.

Reses de Nandín estoqueó en Bilbao al siguiente día con Cocherito y Gaona, escuchando un aviso en su primer toro y estando bien en el corrido en cuarto lugar.

Desacertado estuvo en la lidia del primer toro de Veragua corrido en Aranjuez el día 30, y un espectador no cesó de gritarle: "¡Vicente, que lo vamos a decir en la calle de Embajadores!"

Como en la lidia del cuarto toro estuvo superior, dando la vuelta al ruedo, se dirigió al lugar que ocupaba aquel espectador, y con aspecto sonriente, le encargó que contase también aquello en su popular calle.

En esta corrida le acompañaron Gaona y Salerí II.

Bien estuvo en la corrida celebrada en Barcelona el 6 de junio, despachando reses de Pablo Romero en unión de Malla y Celita, volviendo nuevamente a la vieja Plaza madrileña el 12 y 13, corridas en las que obtuvo un gran éxito toreado y matando toros de Miura, Santa Coloma y Vicente Martínez. En la primera alternó con José, Belmonte y Algabero II, y en la segunda con Joselito y Juan.

El 25 de julio y 2 de agosto mató en Santander reses de Veragua, y Benjumea, siendo muy aplaudido. Le acompañaron en la primera Gaona y Celita, y en la segunda, El Gallo, Joselito y Belmonte.

Las cuatro corridas siguientes las toreo en Bilbao el 23, 23, 24 y 25, lidiando toros de Santa Coloma, Parladé, Miura y Murube, acompañándole en ellas Cocherito y Gaona, en la primera; éste y Belmonte, en la segunda; Cocherito y Rodolfo, en la tercera, y Gaona y Belmonte, en la cuarta.

En las dos últimas corridas estuvo mejor Vicente que en las primeras.

Volvió a Madrid el 19 de septiembre, para matar con Manolés y Martín Vázquez reses de Benjumea, haciéndose aplaudir con entusiasmo.

En el mismo ruedo, el 3 de octubre, finiquitó miuras, que salieron difíciles, con José y Belmonte, y con éstos, el 7, se las entendió con toros de Concha y Sierra, mostrándose como el torero retirado y el matador pundonoroso, siendo ovacionado.

El 23 de octubre, y organizada por Joselito, se celebró en la misma Plaza madrileña una corrida a beneficio del ex matador de toros Cayetano Leal, Pepe-Hillo, actual asesor taurino, y en ella Vicente mató una res de Veragua.

Esta fué la última corrida que Pastor toreo en Madrid antes de su despedida, porque, esclavo de su formalidad, se vió en la precisión de romper sus relaciones con don Julián Echevarría, como conocerá el lector en el próximo y último capítulo de estos taurómacos reportajes retrospectivos.

DON JUSTO

Vicente Pastor, acompañado de su cuadrilla, en la que figuraban Morenito de Valencia, Chavito y Magritas



Vicente Pastor en uno de sus característicos naturales por alto durante una de sus faenas en la Plaza de Toros de Madrid





Leonidas Plaza-Lasso, gran aficionado a la fiesta de toros

DE LAS SIERRAS DEL ECUADOR HA LLEGADO A ESPAÑA



Leonidas Plaza, clavando un rejón en una de las corridas en que actuó como rejoneador en El Ecuador

LEONIDAS PLAZA-LASSO dice que el rejoneo es el prototipo de la tradición hidalga de los toros

SERÍA allá por el año 29 cuando el padre de Leonidas Plaza-Lasso —en un día de un mes cualquiera— terminó de hablar a su hijo, y en un último esfuerzo paternal, como queriendo limar las asperezas, la severidad de sus palabras, colocó sus manos en los hombros del muchacho, en un ademán cariñoso. Y cuando levantó sus ojos, encontró clavados en ellos la mirada rebelde del pequeño Leonidas. El padre movió repetidamente su cabeza de un lado a otro, con un gesto de amargura.

—Bien —le dijo, finalmente—, si lo has querido Leonidas. Mañana mismo embarcarás para Nueva York.

Y como queriendo justificarse él mismo, añadió para sí: —Yo no puedo tolerar que seas torero... Comprendrás que no lo puedo admitir. Leonidas Plaza-Lasso sonrió levemente. Era un muchacho que dormía su sueño de querer ser torero muy dentro de su corazón. Y comprendía que su padre, para quitarle su afición, para desflamencuarle —como solía repetir—, le señalaba el rumbo Norte...

Pero hace falta reconstruir la escena. Hacía un día tórrido, y en el que el Sol quemaba las tierras llanas del Ecuador. En la finca "La Avelina" —un cortijo igual que nuestros cortijos andaluces—, la familia Plaza-Lasso cortaba los ruidos del hijo menor de un hogar de hidalgos americanos, con sangre de españoles. A lo lejos, unos puntos negros, perdidos entre choperas, aparecían inmóviles. Seataban los toros. Porque toros eran aquellos puntos negros que entre choperas componían, en tierras americanas, una estampa de nuestros prados andaluces o salmantinos. Había que admitir que aquellos toros pertenecían a la ganadería de Chalupas, y que el ganadero de la vacada era el señor Plaza-Lasso, aquel hombre que no quería que su hijo fuese torero.

Se remonta la ganadería de Chalupas a los tiempos coloniales, cuando los españoles, en el año 1700, enviaron, de las marismas sevillanas al Ecuador, su ganado. Pero lo mandaron bravo, para no correr el riesgo de que los indios lo robasen. De aquel entonces a hoy se ha mantenido la casta de las reses sin necesidad de cruzarla de nuevo, y que actualmente se lidian en los ruedos americanos.

Fue bien; Leonidas cumplió el mandato de su padre; se fue a Nueva York... y a los pocos días se escapaba, embarcándose como marinero en el "Alfonso Pérez", que navegaba bajo el pabellón español. Desembarcó en Bremen, sin dinero y con hambre. Pero el muchacho americano venció sus penalidades, y un buen día volvió a España, a la España de sus sueños. Recorrió nuestra Patria y conoció la angustia de torear bajo un cielo de estrellas, en los prados andaluces, arruellado en el guiño inmenso de la Luna...

Se afirmaron en él sus inquietudes taurinas y esperó, anhelante, su hora... que no llegó.

Regresó a su tierra natal con los mismos sueños. Para entonces, el mozo ya era hombre, y en el cortijo "La Avelina", su hermano José María, embajador actualmente en Washington, también tenía sus mismas aficiones. Luego sería también su hermano Galo.

En los llanos americanos, Leonidas, como en un susurro, contaba a sus hermanos su gran aventura...

Ahora Leonidas Plaza-Lasso se encuentra de nuevo con nosotros, en Madrid. Tiene las mismas ilusiones de antaño y espera la hora de pisar los ruedos españoles, como rejoneador. Me hablaba de ellos en esta tarde que declinaba. Sería difícil reconocer en él aquel muchacho que el año 1929 llegó a España. Ahora Leonidas Plaza-Lasso es comandante de Caballería, polista internacional, miembro del equipo internacional de Saltos del Ecuador y caballista destacado en el equipo del general Patton, en Estados Unidos. Si algo le acerca al muchacho que desembarcó en Bremen del "Alfonso Pérez", es su "locura" por los toros, esa afición que le quema su sangre en ilusiones día a día renovadas.

Se adivinaba sus entusiasmos en el brillo de sus ojos y en la fuerza de sus palabras. El, entonces, me decía:

—Tal vez mi afición a los toros sea una razón de atavismo, porque uno de mis antepasados fue caballero en Plaza, en la Plaza Mayor. Su afición —como la mía— no tenía límites, y entonces su familia consiguió del Rey un Decreto Real, por el que se le prohibía rejonear a caballo... pero ahora viene lo bueno, porque mi antepasado, para salvar el mandamiento real, rejoneaba montado en una mula. Así satisfacía su afición y burlaba, sin desobedecer, el Decreto del Rey.

—¿Y el cortijo "La Avelina"?

—Es igual que vuestros cortijos, al igual que nuestra ganadería. Nosotros, en el Ecuador, somos lo que los Domecq, los Pérez Tabernero, en España.

—¿Ha toreado usted mucho?

—Desde hace diez años actué nueve o diez veces todos los años, y siempre, como quiero hacerlo en España, a beneficio de las Instituciones. También actué, con los mismos fines benéficos, mi hermano José María, al que se le conoce como el Manolete de los aficionados, y que el año pasado se encerró en la Plaza de Quito con seis toros, él solo, cortando cuatro orejas y lidiando la corrida en hora y media. Todos los toreros españoles que han estado en América pueden hablar de nosotros.

—¿Importancia del rejoneador en la fiesta?

—Yo creo que en España aun no se llegó al máximo, en esa participación espléndida y maravillosa del rejoneador. Es más; confieso que aun hay mucho que hacer... Yo aspiro a poder actuar en vuestros ruedos, y en los que aspiro a introducir suertes nuevas, que sólo se conocen en los llanos americanos actualmente.

Soy, no puedo negarlo, un entusiasta de la participación del rejoneador en la fiesta; porque el rejoneador es, ante todo y sobre todo, la gallardía, el aroma de los campos, la hidalguía y, quizá, el último reducto señor de la tradición hidalga del toreo, que arrancó de los caballeros en Plaza.

—Y profesionalmente, ¿cómo ves al rejoneador?

—Estimo que el rejoneador nunca debe tomar la muleta, que es menester de la cuadrilla y, en cambio, sí debe torear con el capote. Yo, siempre, antes de rejonear, hago tres o cuatro quites con el capote.

—Sus admiraciones...

—Las tengo en ese caballista, en ese rejoneador sin igual que es don Alvaro Domecq, y con el que modestamente quiero alternar.

—¿La suerte que más le gusta?

—Aquella que se conoce como salida a porta gayol, y que la practicaba el Algabeño. Es decir, meter de grupa el caballo en los mismos chiqueros, para salir al ruedo con el toro... porque yo sólo quiero actuar frente a toros que tengan "puntas".

—¿Le veremos pronto, Leonidas, en los ruedos españoles?

El clavó sus ojos brillantes, que ardían en una ilusión sin límites, con insistencia en los míos. Hizo una pausa larga, y al rato, suavemente, me dijo:

—De las sierras del Ecuador, de las Españas de América, sólo he venido a la tierra de mis mayores con una sola ambición, con un solo sueño... ¡torear!

—¿Pronto?

Una de sus manos aprisionó fuertemente mi brazo.

—Quizá muy pronto...

Y Leonidas Plaza-Lasso, rejoneador por razón y por ilusión, sigue desgranando sus esperanzas.

CRUZ ERNESTO FRANQUET



Leonidas Plaza, acompañado de Conchita Cintrón,

AFICIONADOS DE CATEGORIA Y CON SOLERA

VICTOR RUIZ ALBENIZ

se arrojó una vez al ruedo en la Plaza de Madrid

Ha sido médico de los toreros durante veinticinco años



VICTOR Ruiz Albeniz, el popular "Chispero", en cuya crónica diaria palpita siempre lo matritense, porque este médico-escritor sabe tomar como pocos el pulso y latido de la capital de España, es un aficionado antiguo, con tanta solera que recuerda la alternativa de Mazzantini.

—Sí, sí. No ponga usted esa cara. La tarde de la alternativa de Mazzantini es una de las muchas efemérides taurinas que yo he presenciado y que se me ha quedado en la memoria. Lo recuerdo todo perfectamente. Alternaban con él Manuel Báez, Litri, padre del otro torero del mismo nombre, muerto trágicamente, y Bombita. Me llevó mi tío Isaac Albeniz, el famoso compositor. Estuvimos sentados en delantera de grada, y debió ser el año de la coronación de Alfonso XIII. Mi tío era bastante impresionable y sufría mucho en los toros, y me hacía sufrir a mí al ver que estaba toda la tarde en vilo y nervioso. A Mazzantini le cogió el

toro y le dió un puntazo. Mi tío ya, después de aquello, no quiso ver más y nos fuimos sin ver terminar la corrida.

—Bueno, pero aficionado así, ¿cuándo empieza usted a ser?

—En seguida. En mis tiempos de estudiante de Medicina ya estaba yo abonado al tendido tres, número alto, pegadito al dos, que era una localidad buena y... barata. Eramos tres compañeros los abonados. Los otros dos eran Miguel Vigar Jiménez, gran doctor hoy que ejerce la profesión en Almería, y Manolo Ripollés, que con el tiempo sería el médico famoso tan conocido en Madrid. ¡Tiempos aquellos!

—¡Aquel Madrid!—le decimos, aprovechando el título del libro que Ruiz Albeniz acaba de publicar.

—Yo era un espectador de los vociferantes. Una tarde en que toreaba Bombita me tiré al ruedo.

—¡Caramba! ¿Usted, espontáneo?

—No, si no me tiré como espontáneo, sino para protestar. Los toros estaban saliendo pequeños. Es decir, pequeños para lo que se estilaba entonces. Yo enardecí a los espectadores y empecé la bronca. Entonces hasta las broncas eran mayores. Se tiraban primero las almohadillas y luego, si la cosa valía la pena, saltaban los espectadores al ruedo para continuar allí la protesta. Aquella tarde yo me tiré al ruedo... pero me quedé solo. Cuando me di cuenta de que nadie me había seguido, no supe qué hacer. Yo estaba allí, "sobre la candente arena", con mi magnífico sombrero ancho color café con leche. Un sombrero que quitaba el sentido. Y va el toro y se me arranca. Por fortuna, fué Bombita y le cogió de la cola hasta que yo salté el callejón entre los aplausos de la gente. Salí retratado en "La Lidia" con el sombrero y todo, y Mariano de Cavia, el inmenso "Sobaquillo", me dedicó una crónica en "El Imparcial", titulada "El hombre que rompe plaza". Desde entonces, en la Facultad siempre me llamaban así, y no estaba mal la cosa, porque la verdad es que yo como estudiante era un tanto levantisco y me encontraba metido en todos los "ajos". Después de aquella corrida, un amigo me llevó a ver a Bombita, quien me riñó severamente y me dijo que le había puesto en un compromiso. Allí se inició una amistad grande, una amistad fraternal, y, con el tiempo, Ricardo y yo fundamos la Asociación Benéfica de Toreros, de la que fui médico director del Sanatorio durante veinticinco años.

—Naturalmente, usted sería "bombista".

—Naturalmente, porque yo era partidario de los toreros valientes. A Guerrita le vi poco. Otro torero muy valiente también era Pepete. Mas tarde admiré a Belmunte y a Joselito; a Joselito, a pesar de que yo era anti-gallista furibundo de Rafael y soy de los que más le han gritado por esas Plazas.

—Tengo entendido que también fué usted revistero taurino.

—Lo fui en el "Diario Universal", y firmaba mis crónicas con el seudónimo de "Don Sincero". Al retirarse Bombita me retiré yo también de la crítica taurina... Mi afición se enfrió bastante después de la muerte de Joselito. A Domingo Ortega le debo el haberme vuelto a entusiasmar con los toros, porque yo le he encontrado a este torero parecido con Bombita en su valentía, en su dominio, en el estudio que hace de los toros. Por este mismo dominio y estudio admiré a Marcial, aunque he de reconocer que no le echaba el valor de Ricardo... Y mire usted por donde nos hemos acercado a los tiempos de hoy, de los que no quisiera hablar...

—Pues no hay más remedio.

—Bien. Vamos allá. Manolote me parece un torero extraordinario... con toros sin poder. Desde luego, lo que hace él no lo ha hecho ninguno antes. Pero yo entiendo que lo que hace Manolote no se le podría hacer a un TORO, con mayúsculas, y sí a novillos y a toritos sin genio y sin poder. A un toro de aquellos... ¿Estoy equivocado? Creo, sinceramente, que no.

—¿Y torear? ¿Ha toreado usted alguna vez?

—Muchas, muchas veces. Sobre todo, en mi época de médico de los toreros. En el período de convalecencia, cuando iban a probarse, siempre les acompañaba. En estas probaturas era el peón de confianza de Bombita. Aunque me esté mal el decirlo, yo, como torero, era valentón, pero destartado. Mi toreo resultaba poco estético, tan poco que por eso lo tuve que dejar.

—¿A instancias de los amigos?

—A instancias del público del Trianón Palace.

—Eso sí que no lo entiendo.

—Es muy sencillo. Una vez fui con Celita y con Campio, que acababan de dejar el Sanatorio e iban a probarse a la finca Sol de Aldovea, del duque de Tovar. Toreé yo con ellos, como era norma en estos casos, y unos operadores impresionaron una película. Una tarde entré yo en el Trianón, en momento en que el público se reía de risa en las butacas. Pensé



que estarían proyectando alguna cinta de Charlot. Juzgue usted mi asombro cuando comprobé que de lo que se reían era de mí, pues yo era el que aparecía en la pantalla, toreando de una manera que a todo el mundo le producía risa. Me sentí tan en ridículo, me dió tal

vergüenza, que salí del cine y prometí no volver a coger un capote en mi vida. Y lo he cumplido, a pesar de que el toreo es el deporte más bonito y el más español.

—¿Y qué opinión tiene usted actualmente de la fiesta?

—Una opinión muy desfavorable. La fiesta declina por su achicamiento. Las suertes de varas y de banderillas están adulteradas, y hasta me atrevería a decir que envilecidas, y no se parecen en nada a las de la época mía. Con los petos, por ejemplo, los toros no derriban y, al no derribar, la suerte de quites no tiene razón de ser, puesto que no hay que quitar, como se quitaba antes cuando el torero se jugaba la vida para salvar la del picador caído. Ahora, lo que llaman quites, impropriamente, es un toro más o menos bonito, pero que, generalmente, nada tiene que ver con el fin de la suerte, que era ese: quitar. En cuanto a las banderillas, los encargados de la misión salen a clavar y nada más. Antes, lo habitual, cuando el matador llevaba buenos banderilleros, era que el espada tuviera que esperar, para iniciar su faena de muleta, a que cesaran las ovaciones que se tributaban a aquellos formidables rebelteros: El Patatero, Camará, Blanquet, El Barquero, Magritas, Mella, Antonio Blanquito, Moyano, Pulga de Triana, Tomás Mazzantini... En definitiva, en esto de los toros se ha disminuído considerablemente el riesgo, y, por tanto, la emoción. Al achicar el toro se va camé y de suprimir la parte esencial de la fiesta, que no es el torero, sino el toro, y por eso se dice Fiesta de Toros y Plaza de Toros y "vamos a los toros". Con eso del preciosismo y el estilismo resulta que el espectador a lo que menos atiende es al toro, y de ahí que la cosa haya degenerado en un espectáculo que todavía conserva color, pero que ya no tiene apenas sabor.

—¿Y a quién le echamos la culpa?

—Al público. No hay afición. Ahora hay público. Con la inonda de las Plazas grandes, el aficionado se diluye en la masa de espectadores. Se va a los toros como se va a otro espectáculo. Si hubiera afición en lugar de público, no toleraría la adulteración de la Fiesta.

RAFAEL MARTINEZ GANDIA

Con PEPE LUIS VAZQUEZ en SEVILLA



Pepe Luis posa ante el fotógrafo con la más pequeña de los hermanos: Carmelita

«El ambiente taurino está allí más cargado de pasión y competencia que en España»



A la madre aún le parece mentira que el diestro sevillano esté otra vez en Sevilla

El viaje de noche hacia Mérida del Yucatán

Gitanillo se lanzó fuera del avión. Todos nos apresuramos también al exterior, tratando de convencerle de que volviera a su asiento, pero satisfechos de que aquel «desplante»

DE vuelta de Méjico, está de nuevo entre nosotros Pepe Luis Vázquez. Llegó a Sevilla, en la alta madrugada, con prisas por abrazar a los suyos. Con tanta prisa que, cruzada la frontera, en Badajoz no se detuvo más que el tiempo preciso para tomar un coche y decirle: «A Sevilla».

Al día siguiente de su llegada hemos acudido al recreo que el torero posee en el barrio de Nervión, y allí, entre familiares y amigos, hemos conversado largamente con este joven «maestro», que tan bien ha dejado el pabellón de España en los ruedos de Méjico.

—¿Qué tal ese viaje?—le hemos preguntado, después de abrazarle.

—Para acá muy bien. Salimos de Filadelfia el Domingo de Ramos y trece días después estábamos en Lisboa. Pasamos la Semana Santa en alta mar... ¡Cómo me acordé el Miércoles Santo de mi barrio y de mi cofradía! Para allá fué otra cosa. En primer lugar porque íbamos, al menos yo, hacia lo desconocido. Por cierto que en la Habana, cuando fuimos a tomar el avión que desde Méjico nos envió el general Maximiano Avila Camacho, hermano del Presidente y alma de la empresa de «El Toreo», nos ocurrió un lance que ahora me hace reír, pero que entonces nos causó grave preocupación.

—¿Qué os pasó?

—Pues que como ninguno habíamos viajado en avión de no-

che, nos producía gran inquietud... Sin ponernos de acuerdo los cinco toreros españoles, comenzamos a poner reparos relacionados con nuestros equipajes... Cagancho, Gitanillo y Gallito, en particular, se distinguían en la protocolaria protesta: «No podemos ir sin nuestras maletas», decían... Pero el piloto insistía en que era necesario salir. «¿Por qué no enviamos en este avión el equipaje y nosotros nos marchamos mañana, de día?», preguntaba Gallito. Al fin, casi a la fuerza, entramos en el avión. Pero antes de salir, un chispazo del motor produjo una avería, que a todos se nos antojó providencial aviso, y

del gitano nos permitiera salir del aparato... Al fin tuvimos que ceder y volver al avión. En los primeros minutos de vuelo reinó un silencio impresionante. Yo creo que todos nos encomendamos a Dios, pensando que «aquello» era el final. A la media hora —hacía una noche de luna llena y sobre el Golfo de Méjico reinaba la calma— nos atrevimos a mirar por la ventanilla. Después uno encendió un cigarro y se atrevió a preguntar al piloto cuánto tardaríamos en llegar. El misterio se había roto... Respiramos. Cuatro horas después aterrizábamos en Mérida del Yucatán.

—¿Es cierto que el recibimiento fué apoteósico?

—Como nunca podíamos imaginar... De Mérida a Méjico fuimos también en avión. Un periodista nos hizo un reportaje radiofónico a bordo que a nosotros nos pareció un soberano camelo. Ninguno creía que hablando ante aquel aparatito nos iba a escuchar la multitud que decían nos esperaba. Menos mal que no soltamos ninguna barbaridad. Tampoco estuvimos muy afortunados, porque nos pusimos nerviosos... Cagancho no hacía más que decir «buenas tardes», «buenas tardes...» Cuando el avión se posó en tierra, nos sentimos arrebatados por un inmenso gentío que nos llevaba a hombros de un lado para otro. Menudeaban los fotógrafos y los operadores de cine; una nube de periodistas nos preguntaba mil cosas... Al día siguiente comenzaron las invitaciones, los regalos, las atenciones. Yo pude zafarme un poco de todo eso porque me fui pronto al campo a entrenarme.

—¿Qué tal es el ambiente taurino allí?

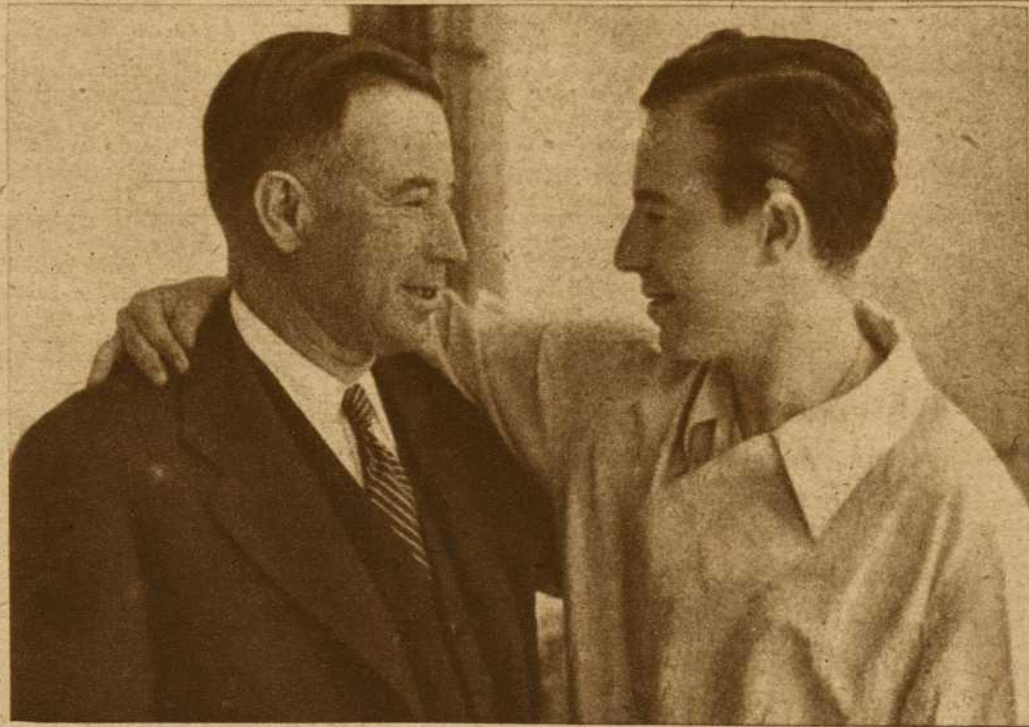
—Más cargado de pasión que aquí. El público de Méjico es muy enten-



El torero de San Bernardo, reunido con sus seis hermanos en el jardín de su casa

El torero de San Bernardo habla de su estancia en MEJICO

«Al día siguiente de nuestra llegada comenzaron las invitaciones, los regalos y los agasajos»



Padre e hijo frente a frente, ambos parecen contemplarse cual si no se vieran hace largos años



Hijo y madre nuevamente juntos, en muda contemplación. (Fotos Arenas.)

En el hogar de AVILA CAMACHO se reverencia a la MADRE PATRIA

El día y exige mucho. Los toros son de más peso que aquí y llegan enteros a la suerte final, porque los castigan poco. Ir a Méjico ahora no es, ni mucho menos, un alivio... Es

verdad que se observa en los toros menos casta, pero eso hace más difícil la lidia.

—¿De qué actuación tuya estás más satisfecho? —De la corrida celebrada el 7 de enero, en «El Toreo». Se lidió ganado de la Punta y alterné con El Soldado y Silverio Pérez. Me tocó un lote difícil, pero toré a gusto.

—¿Has conocido a muchas personalidades?

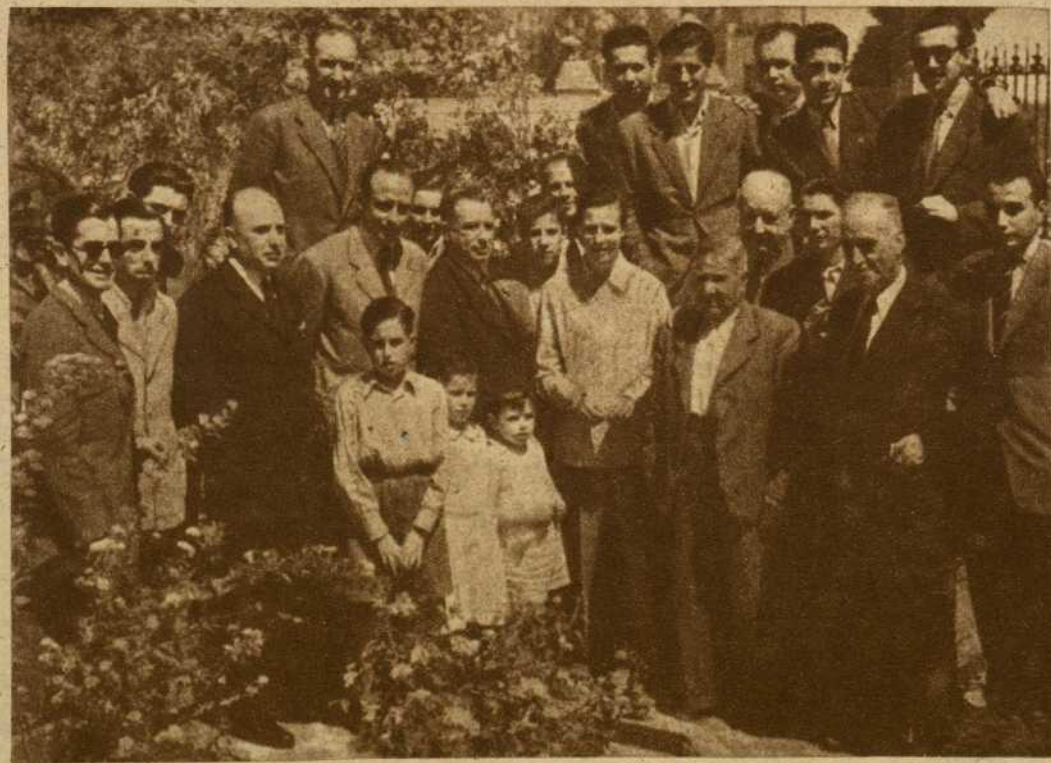
—Sí... El Presidente de la República, Avila Camacho, me invitó varios días a su casa, en la que por cierto, se reverencia a España en mil detalles. También conocí al ex Presidente cubano Batista, que visitó Méjico y a quien brindé un toro, del que gané la oreja. Del mundillo del cine he conocido a casi todas las estrellas mejicanas. De Mario Moreno, «Cantinflas», guardo buenos recuerdos...

—¿Piensas volver este año?

—Sí. He dejado varios compromisos firmados y otros a medio concretar. Si Dios me da suerte, volveré en octubre...

Interrumpimos la conversación. Llegan amigos a saludar a Pepe Luis. Los seis hermanos del diestro, Rafaelito (que este año se presentará en Madrid como novillero), Manolo, Conchelito, Antonio, Juanito y Carmelita, andan alborotados de un lado para otro. Los más pequeños, que han hecho vacación, muestran a los amigos los regalos que Pepe Luis les trajo de Méjico. Aprovechamos la ocasión para echar una ojeada a la Prensa azteca llegada en el equipaje del torero. Revistas lujosamente impresas, semanarios taurinos (uno, *Semana y sol*, que comenzó a publicarse el primero de año, es en todo igual a *EL RUEDO*, lo que prueba que allí nuestra Revista ha gustado tanto como en España), periódicos de profusa y bien presentada información. Y en

todos ellos se aprecia cómo ha cuidado aquella Prensa la actualidad taurina. En todas las publicaciones aparecen los toreros españoles. Concretamente, la sonrisa de Pepe Luis, sus faenas en «El Toreo» y otras Plazas, sus opiniones... asoman por doquier. Hasta un periódico universitario —órgano de los estudiantes mejicanos— le dedica la portada y una larga información. Pepe Luis aparece en ella con la toga y el birrete de doctor —casi indumentaria tantas veces prodigada en las películas americanas—, dejándose entrevistar por un grupo de alegres y simpáticas jovencitas de no sé qué centro cultural.



Los amigos han ido a dar la bienvenida al torero, que aparece en el centro del grupo

En las revistas y periódicos leemos al azar algunas frases elogiosas para el torero de San Bernardo. «Su toreo —escribe *Mañana*— es de la mejor ley y del más depurado estilo». En *El Universal*, en la reseña de la corrida celebrada en «El Toreo» y en la que cortó oreja Pepe Luis, se afirma lo siguiente, bajo el título «Faena clásica»: «Pepe Luis Vázquez consiguió lo más esencialmente torero que llevamos visto en la temporada». Otro revistero deja escapar su admiración en esta frase: «¡Qué buen torero es!» Y en *Mañana* también leemos esto otro: «Su toreo está lleno de vistosidad y alegría, es ágil y largo de repertorio...» Para qué seguir. Sería interminable reseñar todo lo bueno que de Pepe Luis se ha escrito

en la Prensa mejicana, que por cierto trata a los diestros de allí con una descarnada hostilidad cuando las cosas no salen como la afición desea.

Vuelve Pepe Luis al diálogo. Nos habla de su visión rápida de Nueva York —«un toro demasiado alto de agujas», del éxito de Carmen Amaya en un salón de fiesta de Méjico, de Gaona, a quien vió dos veces, aunque no tuvo ocasión de hablar con él, del coche que ha traído de «allá», de sus propósitos en esta temporada, de sus deseos de presentarse ante el público sevillano... Llegan nuevos amigos y otra vez se interrumpe nuestra charla.

FRANCISCO NARBONA

EL ESTADO DE ANIMO DEL TORERO ANTE EL TORO

Por FELIPE SASSONE



Domingo Ortega en un característico pase de muleta



Pepe Luis Vázquez en un pase natural lleno de temple y estilo



Manolete en un ceñido ayudado por alto y en un magnífico natural



El torero no es un enemigo del toro como el toro es a la fuerza enemigo del torero, porque se ve obligado a considerarlo tal, según las cosas, todas desagradables, que el torero le hace. Pero el torero tiene que hacer un esfuerzo mental para considerar al toro como si fuese su enemigo, y sólo necesita de tal esfuerzo cuando le tiene miedo al toro. Esto nos llevaría a afirmar que nadie en el fondo puede querer a quien teme, y que el miedo es un pésimo conductor del amor, y lo debieran tener presente ciertos padres muy severos y ciertos maridos muy violentos, porque ningún niño ni ninguna mujer ha querido ni querrá nunca al "coco". Pero ello sería salirnos de la tauromaquia, y hemos de volver al toro, que no es precisamente una mona. Por eso huye el torero de él, y si huye, claro está que no le quiere.

El torero siente admiración hacia el toro bravo y noble, toro es uno de los instrumentos de su trabajo y es su colaborador.

El torero siente admiración hacia el toro bravo y noble, y hasta en el fondo cierta gratitud hacia el toro que se dejó torear. Ningún torero me lo ha dicho, pero yo adivino que la cara del toro, la disposición de su ornamenta, hasta la expresión de sus ojos, pueden a veces despertar su simpatía. Hasta un sentimiento de ternura, cuando se ha toreado de muleta a gusto, y llega el momento de matar al supuesto enemigo que ha proporcionado un triunfo a su matador. Generalmente, pues, el buen torero no odia al toro; lo mata porque tiene que matarlo, por cumplir un deber, que a él se le antoja un deber de belleza; pero lo cumple, generalmente vuelvo a decir, sin ningún sentimiento de ira.

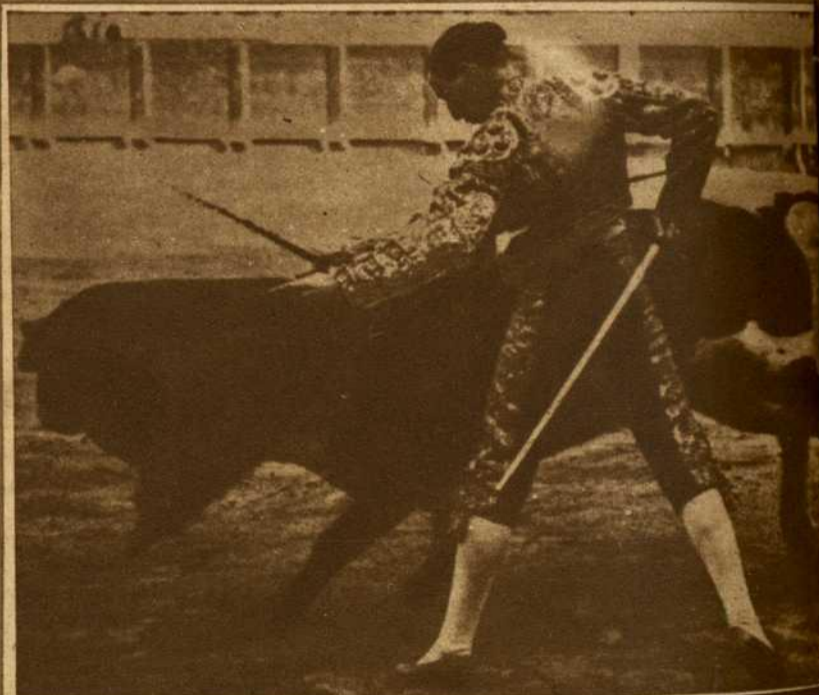
El toro claro, boyante, dócil, que pasa y repasa delante del torero siguiendo la ruta que él le marca con el capote y la muleta, o con los movimientos de su cuerpo, no le da nunca al que lo torea una sensación de hostilidad. Ese toro ambiste para coger, desde luego, pero no lo parece; por eso el aficionado dice que no tira cornalás, y el torero que puede torearle bien, por sentir el toreo, por verse torear, por sentirse torear, se olvida de todo otro sentimiento. Esto lo saben los toreros; muchos sin saberlo, pero todos dicen, cuando llega la ocasión, que estuvieron "a gusto con el toro". No se está a gusto con lo que se odia. Pero ocurre que el toro es demasiado pegajoso, demasiado pronto, se ciñe, busca, punta, corta el terreno, se entabla, se defiende, frina, escarba, pone, en fin, dificultades al torero, y entonces el torero cae en la cuenta de que tiene enfrente un enemigo, y odia al toro. No lo odia por miedo, como el que huye, sino con el ánimo esforzado para dominarlo y vencerlo. Mientras el toro no era un enemigo, y ambestía bien, no había por qué pegarle; pero ahora que ya le considera su enemigo, le opone un toreo que pudiéramos llamar combativo.

El buen torero, el que toreó a gusto, el que estuvo a gusto con el toro, ni aun al entrarle a matar lo hace con rabia. Sólo cuando pinchó en hueso una vez y otra y no acertó en las primeras estocadas, por rabia contra su poco acierto, pone rabia contra el toro y empieza a echarle la culpa de no matarlo bien.

¿Adónde queremos llegar en esta divagación? Sencillemente a esto: a que hay dos métodos de toreo, que nada tienen que ver con la absurda, antojadiza, caprichosa y falsa clasificación de toreo rondeño y sevillano, y estos dos métodos se basan en dos distintas maneras de considerar al toro, en dos estados de ánimo distintos del torero ante el toro. El que considera al toro como un colaborador, casi como un amigo —pasadme la expresión, que no la escribo en broma, sino para ser más claro—, y va hacia él para lucirse y torearlo bien, si se deja, y el que considera al toro siempre como enemigo y va a él a castigarlo, a dominarlo, a vencerlo, a torearlo bien, aunque no se deje. Claro está que este segundo no siempre lo consigue, porque va a porfiar; el primero va a aprovechar las buenas

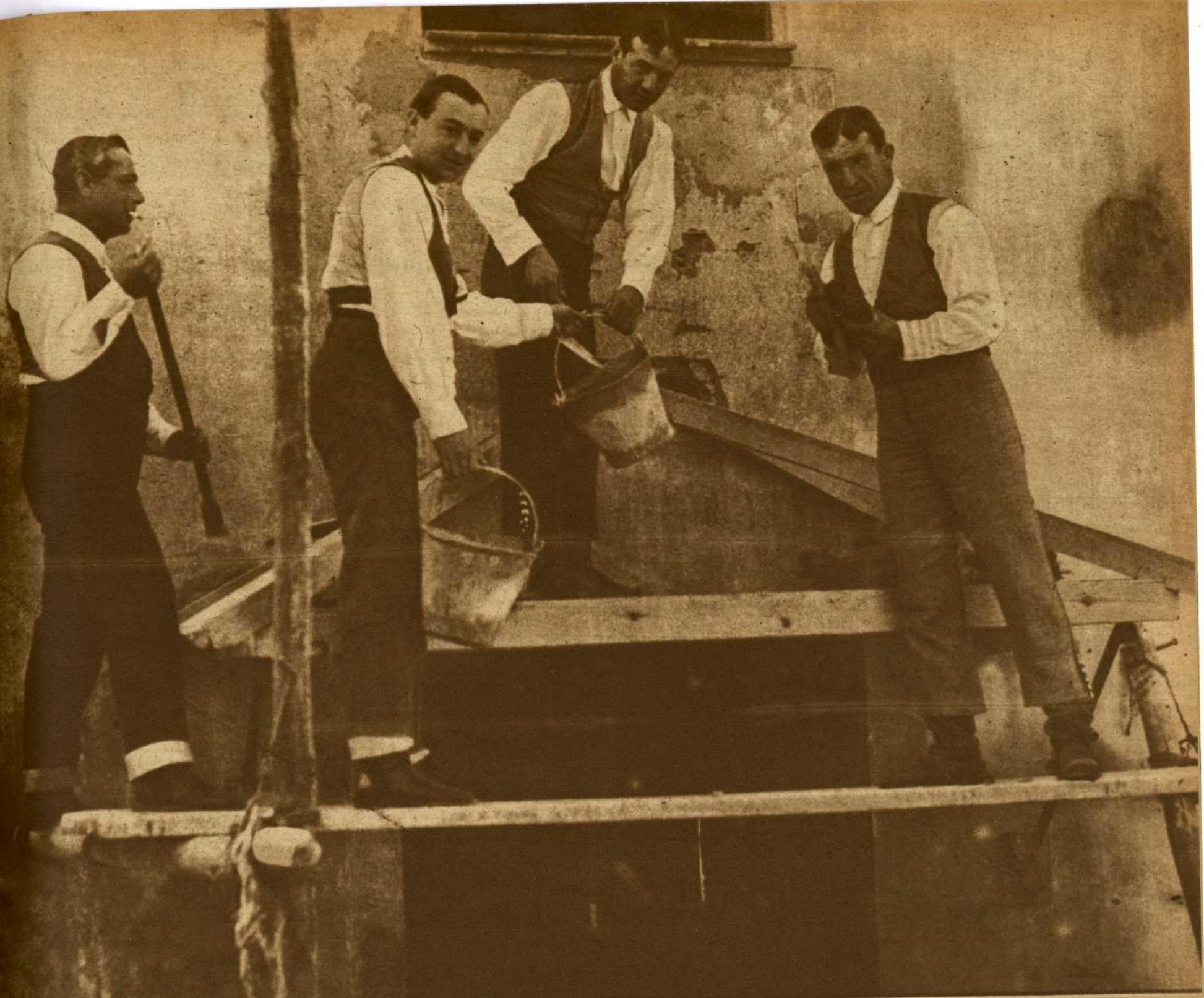
condiciones del toro. El que no odia al toro, generalmente es mejor torero, quiero decir mejor artista que el otro; el que odia al toro suele ser torero más largo, y por consiguiente mejor lidiador. Naturalmente, el torero ideal, quiero decir el ideal del aficionado, es el que cambia de estado de ánimo, de método y de procedimiento, según el toro que se deja o no se deja torear; para cuidar y amar, si cabe el verbo, al primero, y odiar, destruir y vencer al segundo. Si al lector no le pesa esta divagación y recurre a su memoria para acordarse de determinados toreros, los clasificará fácilmente entre amigos y enemigos del toro. Enemigo, por ejemplo: Ortega. Amigo: Manolete. Juan Belmonte, el torero excepcional, empezó siendo amigo del toro, siendo generoso con el toro, yéndole a torear por las buenas, y más amigo se sentía del toro cuanto más el toro le cogía sin herirle. Cuando se cuajó de veras ya fué, a ratos, amigo y enemigo. Rafael el Gallo, en cambio, admirador del toro bueno, odió siempre al toro malo, pero no fué nunca su enemigo: torero inteligente, hombre bien avisado, nunca quiso juntarse con sus enemigos.

Las excepciones más grandes tal vez en la historia del toreo de los enemigos del toro, considerando esta enemistad como principio básico de su toreo, son Rafael Guerra, Guerrita, y José Gómez, Gallito, que siendo dos grandes dominadores, dos lidiadores enormes, fueron también dos artistas.



Joselito en un natural, estoque a la espalda, al toro toreado, regla de ajuste del toreo.—Abajo: Juan Belmonte en un pase por alto con la derecha. El fenómeno de Triana se ciñe a los cánones clásicos del arte de torear de muleta





ESTAMPAS DE OTROS TIEMPOS

CUANDO JOSELITO NO TOREABA...

NO debe resultar extraño que hoy, en nuestra rebusca por el archivo, tras la fotografía curiosa de otros tiempos, aparezca Gallito subido en un andamio, portador de un cubo y sirviéndose de su cuadrilla en la construcción de una Plaza situada en un cortijo próximo a Sevilla. ¿Es su afán de saber lo que a ello le arrastra? ¿Es una entrapelia de matador de cartel y de tipo de propaganda? No importa, en realidad, lo que a ello le ha arrastrado. Hay que ver en esta fotografía únicamente lo curioso del asunto. Es menester apreciar, sobre todo, el sentido de humor de este gran sevillano, que lo mismo se sentía capaz de despachar una corrida de seis miuras que una Plaza para lidiarlos. Y siempre con sus hombres, con su cuadrilla. Con los de su confianza, Sánchez Mejías, Camero... Y si los damás no están delante del objetivo fotográfico, no andarán muy lejos. Admiradores, al mismo tiempo que servidores del genial espada, seguían de cerca a éste en las faenas de invierno. Y no era para ello óbice encontrarse delante de un muro que levantar hasta donde fuese necesario, porque tampoco les había importado antes —en la temporada de verano— el enfrentarse con todos los toros que pasaban en las tierras salmantinas y

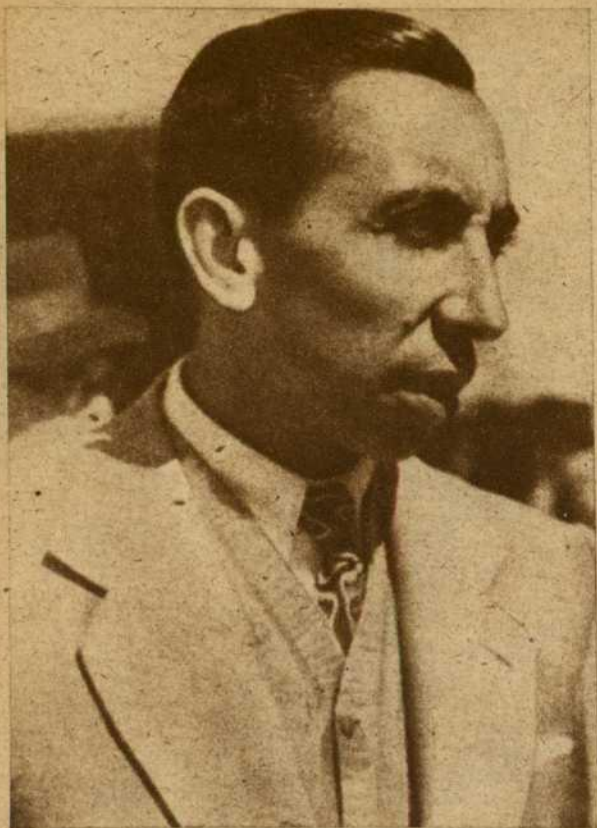
andaluzas a la vez. Llevaban delante una cabeza capaz de todo eso y más, y por eso se sentían dispuestos a todo.

¿Qué les iba a importar, por tanto, esta Placita!

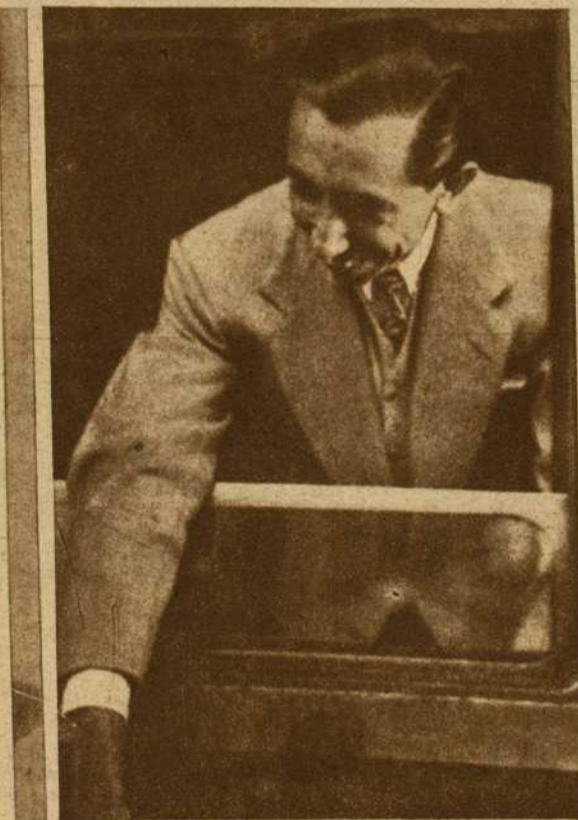
Pero no es esto sólo. Este gran torero, casi único en la historia de la tauromaquia, aun sin él quererlo, da gran ejemplo de humildad al encargarse de estos menesteres. El dió siempre ejemplo —por eso no nos ha de extrañar esto—, porque supo poner su pundonor en el ruido muy alto y mantenerlo a través de sus veinticinco años de vida —cortos para una vida tan grande—. Y se superó corrida tras corrida, buscando las dificultades. Y así como en su vida de invierno buscaba la garrocha —verdadera obsesión de su existencia— para derribar toros e irse perfeccionando en su manejo y en la monta, quizá sintiese la necesidad de ver los inconvenientes que había en levantar o blanquear unas paredes. El quería saber, y la construcción era una manera de instruirse en algo que verdaderamente le importaba: levantar el edificio de su reputación profesional, y con unos cimientos capaces de sostener muchos pisos. Un rascacielos, que es adonde llegó. Y si la muerte no nos lo hubiese llevado tan prematuramente, quién sabe a qué altura se encontraría ahora el edificio, ese edificio taurino que él supo levantar con la gracia incomparable de su arte cada vez más centrado y seguro, más personal y tan característicamente suyo. Inimitable.

¡Pero murió en Talavera un 14 de mayo...!





Fermín Espinosa, el pequeño de los Armillita, nos habla de sus éxitos en España. Esas ferias de Bilbao... los triunfos en la vieja Plaza de Madrid.



Saludos, Bienvenida. Aun sin descender del tren que lo conduce de Lisboa, tiene que alargar la mano a los amigos que le esperan



Antiguos compañeros del diestro mejicano y su compatriota Toscano, novillero que veremos esta temporada, acuden a recibirlo a la estación

ARMILLITA, al llegar a MADRID, habla para EL RUEDO

"En veinte años de matador de toros no he tenido más cornada grave que la de este año en San Luis de Potosí"

NO es aquel jovencuelo que todos nos imaginamos, siempre en contacto con la fiesta, siempre viviendo lo español, porque lo sentía como ningún otro de los que llegan a España. Está ya nuevamente aquí. Bajo el cielo azul de nuestra tierra, en busca de nuevos triunfos, a encadenar el pasado con el presente.

Vino a recordar glorias pasadas.

Este es Fermín Espinosa, Armillita.

Arruza, otro compatriota, vino a competir con los españoles. Como entonces llegó el pequeño de los Armillita.

Y como aquella mañana, como todos los años en que volvía a unirse a nosotros para emprender la "tournee" taurina por toda la Península, Armillita ha recibido en Madrid el homenaje de la afición española, representada en unos cuantos amigos, los incondicionales de siempre. Armillita ha venido.

Esto es lo que en la mañana del sábado, bajo el sol de esta primavera, donde se vive ya la fiesta nacional, se escuchaba en labios de esos aspirantes a fenómenos que en grupos disgregados por la acera del Banco de Bilbao, del Riesgo..., llevan al minuto todos los grandes acontecimientos taurómicos.

Hermano nuestro puede considerarse. Así nos hablaba en esa mañana uno de los que han de ir con él en sus actuaciones por los ruedos españoles.

Llegó en momentos de muchas figuras, cuando Belmonte aun lucía su arte por las primeras Plazas de España. Cuando Marcial Lalandia competía en los triunfos frente a los diestros de tonío. Eran años en que la fiesta lucía todo su garbo y los matadores mantenían una rivalidad grande.

Cagancho... Ortega... Laserna había venido como revolucionario del toreo. Y así, con este mismo aire de humildad que en los actuales momentos, pisó tierra española Fermín.

Este es el nombre familiar para todos. Y como quien vuelve de actuar en unas ferias, ha sido recibido Armillita. Abrazos por todas partes... Mirones que no llegan a comprender lo que aquello significa, y tampoco el cariño que se siente en España por un extranjero. Ha venido de Méjico como si nada, ni el tiempo, hubiese transcurrido. Nueve años de entonces acá, después de separarse de nosotros.

Aquel muchacho moreno, con rostro infantil, casi no ha cambiado. No han pasado los años, ni los sustos hicieron mella en él. Se mantiene en lo físico como en lo artístico. En primera línea, sin cambios ni retorcimientos. Y así llega, después de aquella grave cogida en San Luis de Potosí, que cayó entre los aficionados españoles con verdadera pena.

Armillita es algo que va ligado al toreo español, como si se tratara de uno de nuestros diestros que hubiera nacido en las marismas del Guadalquivir o en la serranía rondeña. El gran muletero, que para muchos era el torero soso, que no iba con nosotros, surge de nuevo, cuando otros han logrado triunfos grandes.

Tardes de gloria. Para Armillita, los ruedos españoles no le reservaron otra cosa, porque no recibió cornada alguna, ni tampoco se asomó en sus actuaciones el fracaso, que a otros les reservó el destino. Armillita no puede olvidarlo.



A los nueve años de su marcha, Armillita vuelve a nosotros. En la Gran Vía madrileña habla de la fiesta con nuestro redactor Carrasco y su apoderado, Rafael Torres

sus apoteósicas tardes, Armillita habla de la capital vizcaína como de algo sublime, inolvidable en toda su historia taurina.

LA ALTERNATIVA DE MANOS DE CHICUELO EN MADRID

Ocho años después de la alternativa de manos de su hermano Juan y de la confirmación en Madrid por Chicuelo, abandonó Armillita España. El recuerdo es impreciso para el astro. Y por ello comienza a hablarnos en la misma estación de las Delicias.

Poco tiempo tiene para hablar Fermín, porque a las pocas horas de llegar partirá para Barcelona, donde actuó el domingo y repetirá el jueves. Y en esos minutos hace desfilarse, refrescando su memoria, lo más saliente de esa larga temporada por España, en la que dos años estuvo sin hacer el anual viaje para abrazar a los suyos, seres queridos que aguardaban con ansiedad el retorno.

España le retuvo dos años entre nosotros. Como un hijo más de esta tierra.

¡Cuando paseábamos por la Puerta del Sol a altas horas de la mañana, al volver de las tertulias del Madrid y el Levante! Viento a mi recuerdo los años en que tomé las uvas en esta plaza.

Pero ahora es una fisonomía distinta. Las doce campanadas de aquella noche alegre han tenido un cambio distinto. Armillita pasa como un ciudadano más, entre el bullicio de los hombres que atraviesan veozmente el centro de la capital, cuando atravesamos la Puerta del Sol.

Y en el paseo por la calle de Alcalá, al lado de su apoderado, Rafael Torres, que no

AQUELLAS FERIAS DE BILBAO

Empezamos por hablar de cosas pasadas. Como siempre, recordando cuándo llegó a España. Su alternativa, la despedida en Murcia el año 1936, obligado a dejar de torear. Tuvo necesidad de regresar a su país.

Aquella famosa rivalidad entre los toreros llegó a preocupar a Fermín Espinosa. Y el mejicano no nos ocultó que sintió hasta miedo algunas tardes en que pasaba por la calle de Preciados.

Con él se fueron grandes competencias. Y hasta pensamos que su brillante carrera empañaba la de otros toreros españoles. Era mucho Armillita Chico, con aquel dominio fértil del toro.

Cuando Fermín despedía la muleta reinaba el silencio en la Plaza. Las gargantas enmudecían. Armillita, sin descomponer la figura, buscando la embestida del toro, electrificaba cuando intentaba el primer pase.

El papel de Armillita por Bilbao es único. Sus faenas se recuerdan aún, como aquella, grandiosa, en que cortó hasta la pata del toro, en agosto de 1935.

Cuando los amigos hablan con él de

"Mi presentación aquí será con ORTEGA y MANOLETE, en la corrida de Beneficencia"

"Tengo treinta y tres años de edad. A los trece era becerrista, y a los diez y seis tomé la alternativa"

se separa de él, las preguntas. Fechas que, por ir unidas a sus triunfos por España, no han sido olvidadas.

—¿Desde cuándo no había toreado en España?

—El año 1936, en una corrida celebrada en Murcia. Esa fué mi última actuación en los ruedos de España. Con aquella, fueron siete las toreadas. Pero en el año anterior, el que más sumé, fueron sesenta y cuatro. Desde 1928, no hejé una sola temporada de venir. Ese año mi hermano Juan me dió la alternativa y Barrera completaba el cartel.

Tuvo confirmación en Madrid de manos de Chicuelo y con Gitanillo de tercer-espada.

—¿Muchos años de actuación entonces?

—Actualmente, cuento treinta y tres. En 1915 era becerrista, y a los dieciséis ya era matador en España. Veinte años, con mucha suerte en todos ellos y siempre con el apoyo de los públicos. Pero el de España, gran entendedor y con un sentido distinto de otros aficionados, no lleva la pasión a límites fuera de la lógica. Me han gritado, como a todos; pero, a poco que se realizase, el favor de los públicos encontraba compensación.

Vuelve Armillita a la actualidad. El pasado es ya conocido de todos. Sus actuaciones con Juan Belmonte, época que llegó a alcanzar en los últimos años de Terremoto.



Puerta del Sol de Madrid. Recuerdos para el matador. "No puedo —dice al encontrarse de nuevo— olvidar las uvas comidas el final de año."

CON SIETE PINCHAZOS CORTO LAS DOS OREJAS A SU TORO

—Algo que no tiene nombre —nos dice Armillita cuando le preguntamos por sus éxitos más resonantes en España—. Se estaba lidiando en el ruedo madrileño una corrida de Aleas. Toda la tarde había estado inmenso; pero a la hora de hundir el pincho la cosa se puso fea y los nervios me impedían acertar. Uno, dos, tres, cuatro... hasta siete pinchazos. Yo sudaba por aquel fracaso que estaba teniendo y esperando la bronca.

—¿Y le chillaron mucho?

—Fui paseado en hombros por dentro de la Plaza y corté las dos orejas del bicho. En Barcelona me ha dispensado el público grata acogida, y Bilbao es la partida de mis éxitos. La feria de agosto es siempre recordada.

—Y, a propósito, ¿qué opina de su público?

—Que no tiene tanta afición. Allí se exige mucho al matador, y Arruza ha tenido en sílo una gran obstrucción para triunfar. Querían nada menos que se montara encima del bicho. Porque no concebían el éxito más que así. Fuera de la Plaza de El Toreo, el interés es limitadísimo y los honorarios son muy bajos. He toreado veinticinco corridas en la temporada. Méjico, los Estados y Lima.

—¿Y para España?

—Treinta y cuatro firmadas actualmente y los contratos que vengán posteriormente. Y entre ellas, la de Beneficencia en Madrid, alternando con las dos grandes figuras: Manolete y Ortega. Aquí tendré que apretar; pero quisiera me "cogiese" con cuatro o cinco corridas toreadas. No pido más que suerte, como la tenida en mis anteriores temporadas por España.

Esto es lo que Armillita tiene para empezar.

En el mes de mayo, cuando la fiesta taurina entra en todo su esplendor, Madrid va a presenciar uno de sus espectáculos más emocionantes. Armillita frente a los colosos de la tauromaquia actual. Tres estilos. Tres figuras. Tres muleteros extraordinarios.

—Tendré que apretar, y casi me siento viejo —concluyó por decirnos Armillita.

Así llega a nosotros Armillita. Cambiado en todo, aunque su carácter sea aquel que tanto agradó a los incondicionales.

A los públicos se los atraía con su simpatía, y aquella sonrisa se mantiene, aunque el cambio de los años no se note aparentemente.

Armillita es un importante ganadero de reses en Méjico. Tiene parte de La Punta, cruzada con Parladés.

Y sobre el toro deriva la conversación.

—Más peso en nuestros toros, sabe, amigo, pero menos casta. El toro de lidia español mantiene su característica y el de mi país ha bajado mucho en calidad.

Los hijos, ellos y los consejos de su esposa han de influir enormemente en la prematura retirada de Firmin. Ya lo tiene pensado, y en cuanto cumpla los compromisos de ésta y la próxima temporada, Armillita dejará de vestir el traje de luces. Este es el pensamiento que trae de su tierra.

Y en España, donde tantos triunfos consiguió, se dice que lo verán apartarse definitivamente.

El es quien nos queda de aquellos años pasados. El traje algo especial de Méjico. Simpatía, valor, temperamento... Cuanto precisaba el torero para triunfar.

Dieciséis años. Espigado, con una carita infantil. Hoy es el hombre ya formado, pleno de vigor y con el mismo cariño.

Y la ilusión de entonces renace en su pecho cuando, al pisar Madrid, no recibe más que abrazos.

JOSE CARRASCO



"Vengo con la alegría de triunfar. Esas ocho temporadas sin interrupción por los ruedos españoles, el ambiente, la afición..."



... junto a la benevolencia de los públicos, el apoyo de los diarios españoles." Con "Marca" en sus manos, habla de EL RUEDO



Armillita, en espera de dirigirse al hotel, recibe el saludo de otros diestros méjicanos Toscano, y Felipe González le preguntan por los que allí quedaron (Fots. Mari)

HOJAS DE AFEITAR MEZQUITA



*Concurso
taurino*

**¿En qué
fecha tomó
la alternativa
Antonio
Sánchez?**

¿En qué año se retiró?

Escriba con el título: "PARA EL CONCURSO TAURINO DE HOJAS DE AFEITAR MEZQUITA", a la Empresa anunciadora "Hijos de Valeriano Pérez", Cruz, 7, Madrid, respondiendo a estas dos preguntas, y si son debidamente contestadas, podrá participar en el sorteo que se celebrará diez días después de la publicación de este anuncio. Por tanto, el cierre de admisión de éstas se efectuará dicho día, a las ocho de la noche.

PREMIOS

UN PREMIO de 100 pesetas y otros DOSCIENTOS PREMIOS, consistentes en un paquete de hojas de afeitar "MEZQUITA".

Los premios serán enviados a los señores favorecidos directamente a su domicilio, tanto a los residentes en Madrid como a los de provincias, para lo cual suplicamos a cuantos escriban anoten claramente su nombre, apellidos y domicilio.

Selección al concurso anterior:

Nicanor Villalta tomó la alternativa el 6 de agosto de 1922, en San Sebastián, y se retiró el 17 de octubre de 1943, en Zaragoza.

HOJAS DE AFEITAR HAY MUCHAS...



Publicidad: HIJOS DE VALERIANO PÉREZ. - Cruz 7. MADRID

NUESTRA CONTRAPORTADA

Enrique Vargas, Minuto

Por BARICO



NACIÓ Enrique Vargas en Sevilla el 21 de diciembre de 1870. Hizo su presentación en su ciudad natal el 15 de agosto de 1886 como segundo espada de la cuadrilla de niños sevillanos, de la que era primer matador Faico. Gustó el trabajo de los muchachos y recorrieron en triunfo las principales Plazas de Andalucía. El 15 de agosto de 1887 Faico y Minuto se presentaron en Madrid y los dos fueron sacados en hombros. Poco después Faico formó pareja con Colorín y Minuto con Quinto; pero volvieron a torear juntos hasta 1890. El 30 de noviembre de este año

Fernando, el Gallo, dió la alternativa a Minuto, con reses de Actalid, en Sevilla. El 19 de abril de 1891 se anunció la confirmación de la alternativa de Minuto en Madrid, alternando con Fernando, el Gallo, y Mazzantini en la lidia de seis toros de Aleas. El Gallo consideraba que habiendo cedido a Enrique Vargas la muerte del primer toro en la corrida de Sevilla no debía cederle el primero en Madrid y mató él el primero, en medio de un gran escándalo. Cuando Minuto fué a brindar la muerte del tercero se arrancó el toro contra él, tuvo que tirarse al callejón y se produjo lesiones que le imposibilitaron para seguir en el ruedo. El 17 de mayo de 1892, Lagartijo le cedió la muerte del primer toro lidiado aquella tarde de la ganadería de doña Celsa Fontfrede y actuó de segundo espada el Espartero.

En 1896 volvió a formar pareja con Faico, y con él toreó en Madrid los días 28 y 29 de junio, 9 de julio y 2 de agosto con gran éxito. El 25 de octubre del mismo año actuó en la corrida de despedida de Fernando, el Gallo. Durante el año 1897 tuvo grandes tardes en Madrid. En 1899 dió la alternativa a Guerrerito, y al final de la temporada embarcó para Méjico. Volvió a España en 1900. El 8 de septiembre actuó por última vez en Madrid, y el 22 de octubre, a los treinta años de edad y diez de alternativa, se cortó la coleta. Volvió a los ruedos cuatro años después; pero no logró interesar a la afición.

El 8 de junio de 1914, en vista de que su situación económica no era desahogada, Joselito, el Gallo, organizó una corrida de despedida y beneficio del antiguo amigo de su padre. Con Minuto actuaron Vicente Pastor, Rafael, el Gallo, Mazzantinito (que aquella tarde cortó la única oreja lograda por él en la Plaza de Madrid), Joselito y Belmonte. Después de unos años de vida azarosa murió el 20 de junio de 1930.

No hace muchos días se ha publicado en la página taurina de *Marca* un reportaje en el que se comentaban las actividades de Minuto como autor teatral.

Fué una segunda figura que alternó guapamente con los toreros de primera fila de su época. Se quiso que compitiese con el sin par Guerrita, y Minuto se prestó a hacerlo; pero después de torear mano a mano con el cordobés el 4 de septiembre de 1897 en Aranjuez reses de Veragua, Enrique Vargas, que era hombre inteligente, comprendió que Rafael Guerra era torero de muy superior categoría a la suya, y renunció a seguir luchando con el cordobés.

El 29 de julio de 1900, en la corrida extraordinaria de la alternativa de Bebe Chico sufrió uno de los percances más graves de su vida taurina.



Comis
LA PAJARITA

DELICIOSAMENTE FINO

EL PASE DE LA FIRMA

GRANERO

fué el inventor
y sólo lo dió
dos veces y a
un mismo toro



... inició un pase con la derecha, y al revolverse el toro...

ter gráfico de periódicos valencianos.

Finezas, simpático y amable, como siempre, en cuanto supo que tenía que hablarme del «pase de la firma» y de Manolo Granero, no pudo dejar mostrar su contento y su complacencia y me dijo, mientras caminábamos hacia la Plaza de Toros:

—Tiene usted razón. El «pase de la firma» ya no se da ni se ha dado nunca, pues el verdadero «pase de la firma» lo ejecutó Granero tan sólo durante su vida taurina dos veces y a un mismo toro. Escúcheme.

En la tarde del 15 de mayo del año 1921 se celebró en Bilbao una corrida con toros del marqués de Villamarta para Manuel Varé, Varellito; Ernesto Pastor y Manuel Granero, los tres, como usted recordará, muertos a consecuencia de cornadas.

En el sexto toro, Granero, que había sido muy ovacionado en el anterior, inició un pase con la derecha, y antes de rematarlo, el bicho se le revolvió rápido, y entonces Manolo, para vaciarlo y no ser cogido, giró la muñeca y ligó un pase por bajo, uno de esos pases que tanta fama le dieron a Ortega.

Granero repitió el «derechazo» y nuevamente ocurrió lo mismo: se le revolvió el toro y tuvo que quitárselo de delante con otro pase por bajo.

Insistió Granero por tercera vez y también entonces se le echó encima el bruto, que ya no obedeció a la muleta, sino que prendió al torero, volteándole aparatosamente. Blanquet le hizo al gran torero valenciano un formidable y oportunísimo quite.

Terminada la corrida, en la que Granero, en ese sexto toro, cortó orejas y rabo y salió en hombros, siendo llevado así por las calles, una vez en el hotel, charlábamos de las incidencias de la tarde y sobre todo de aquellos pases ligados para librarse de un contrat tiempo.

UN buen día, en el año 1921, el mundillo taurino se conmovió ante una novedad, ante un nuevo muletazo.

Su inventor era el valenciano Manolo Granero, y todos y cada uno de los buenos aficionados lo describían y lo ejecutaban en el seno de sus tertulias de calés y colmados.

Desde entonces, muchas veces se ha escrito y se ha hablado del «pase de la firma», designándose así a un simple pase con la derecha o a un «derechazo» de los de ahora.

Yo sabía que el «pase de la firma» no era y no es ese «derechazo», y para salir de dudas, durante mi pasada estancia en Valencia, en las últimas fiestas «falleras», me he entrevistado con Joaquín Sánchez, Finezas, hace años mozo de estoques del desgraciado Granero y hoy en día popular y gran repór-

Se hallaba presente en la conversación el popular fotógrafo bilbaíno Amado, que había obtenido con su máquina la iniciación del primer derechazo, y al marcar sobre un papel la trayectoria que había seguido el toro y ver que se parecía el gráfico a una rúbrica, le dijo a Granero:

—Oye, Manolo, ese pase que has dado por dos veces se llamará el «pase de la firma»; y así se llamó y así mal se llama actualmente a algunos «derechazos» que no son aquéllo, porque aquéllo lo dió Granero sólo dos veces, en una misma tarde, en Bilbao, y a un mismo toro de Villamarta, toro que terminó por prenderle.

—Entonces, amigo Finezas, ¿se puede asegurar que el «pase de la firma» sólo se ha dado, como usted dice, dos veces seguidas y únicamente por Granero?

—Desde luego. Asegúrelo con toda certeza, porque así es, y yo, que fui con Manolo hasta que en Madrid perdió la vida, he vivido esto que le digo y no se me olvidará nunca.

... giró la muñeca y ligó un pase por bajo



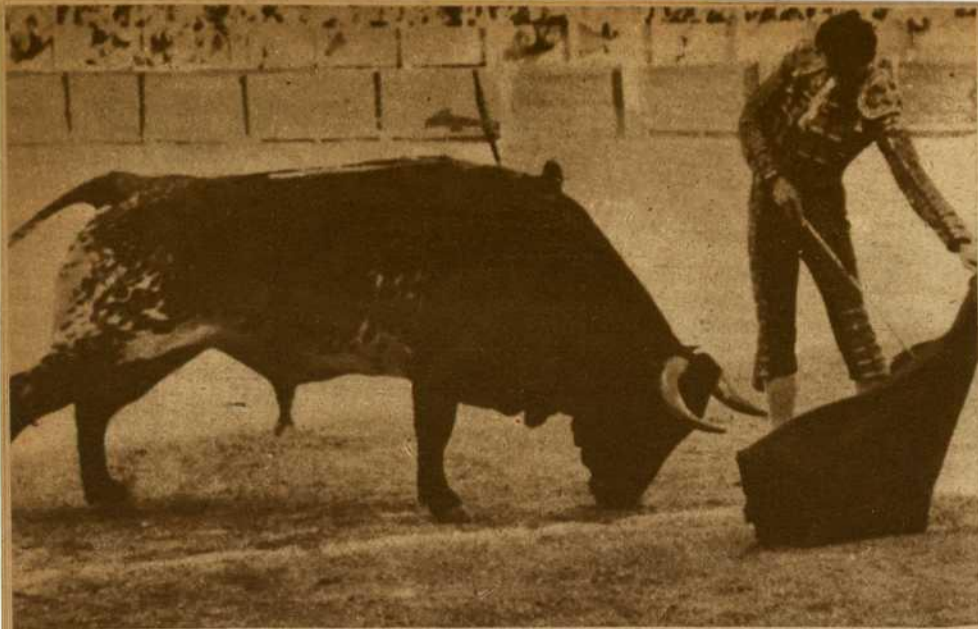
Así engendró Granero el «pase de la firma»

sus ánimos, optó usted por ser figura de los mozos de estoques y hoy de reporteros gráficos.

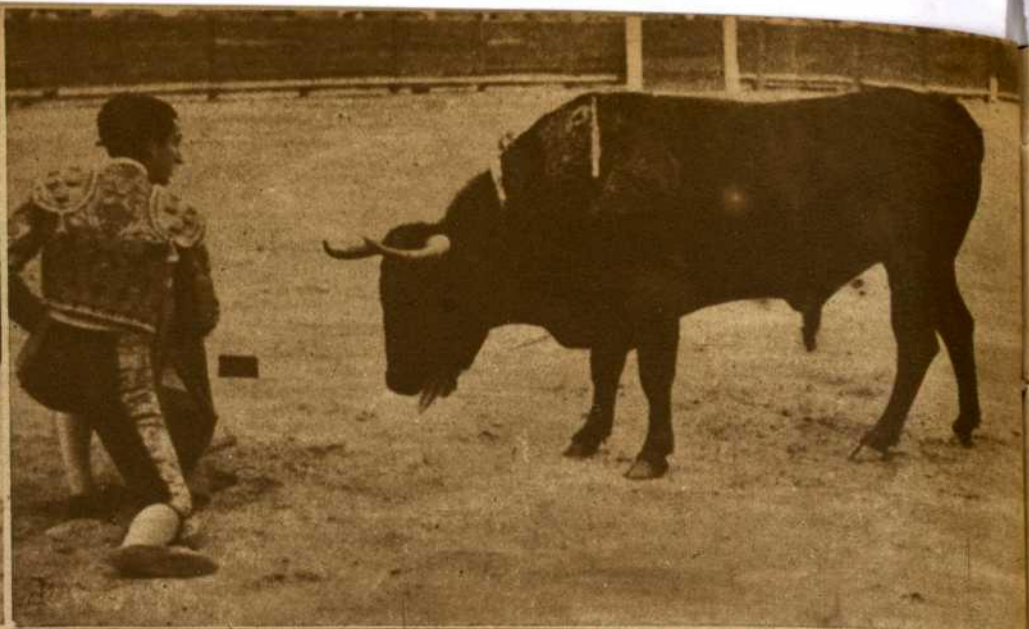
Esto es lo que Joaquín Sánchez, Finezas, me dijo acerca del verdadero «pase de la firma», que ya no se da y que sólo se ha ejecutado en el torero por dos veces a un mismo toro y por aquel gran torero que se llamaba Manuel Granero.

El próximo día 7 se cumplen veintitrés años de aquella fecha trágica de la muerte de Manolo Granero. EL RUEDO recuerda con emoción, al referir, se a esta información, al diestro valenciano, víctima del toro Pocapena, que cortó la vida del joven torero, orgullo de la fiesta, y que cayó para siempre en una tarde de sol en la Plaza de Madrid.

CHAVITO



Manolete en un pase natural a uno de sus toros



Manolete inicia la faena de muleta con un pase de rodillas

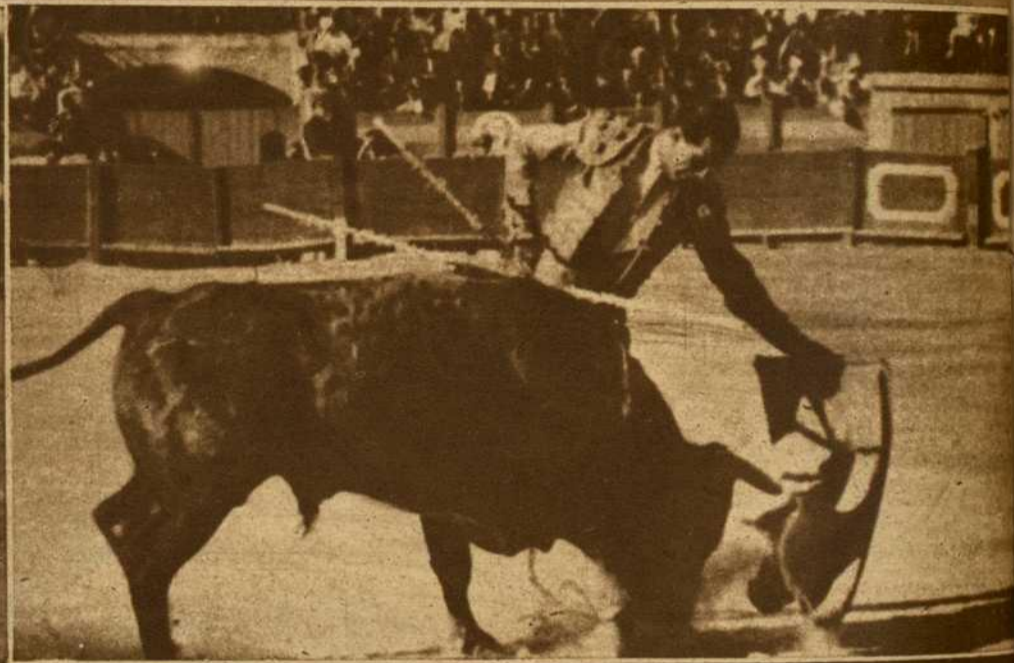
CARTEL DE MURCIA

TOROS DE CONCHA Y SIERRA

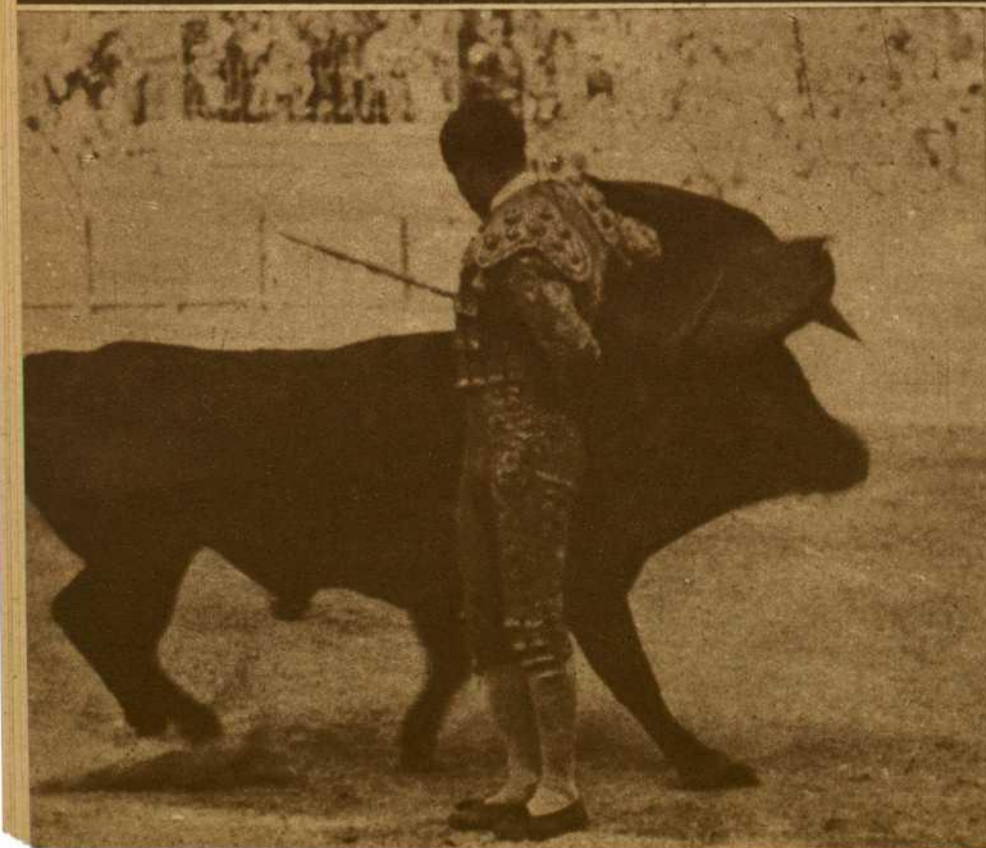
MANOLETE, ARRUZA Y ANDALUZ



Arruza juega con el toro antes de clavar el segundo par de banderillas



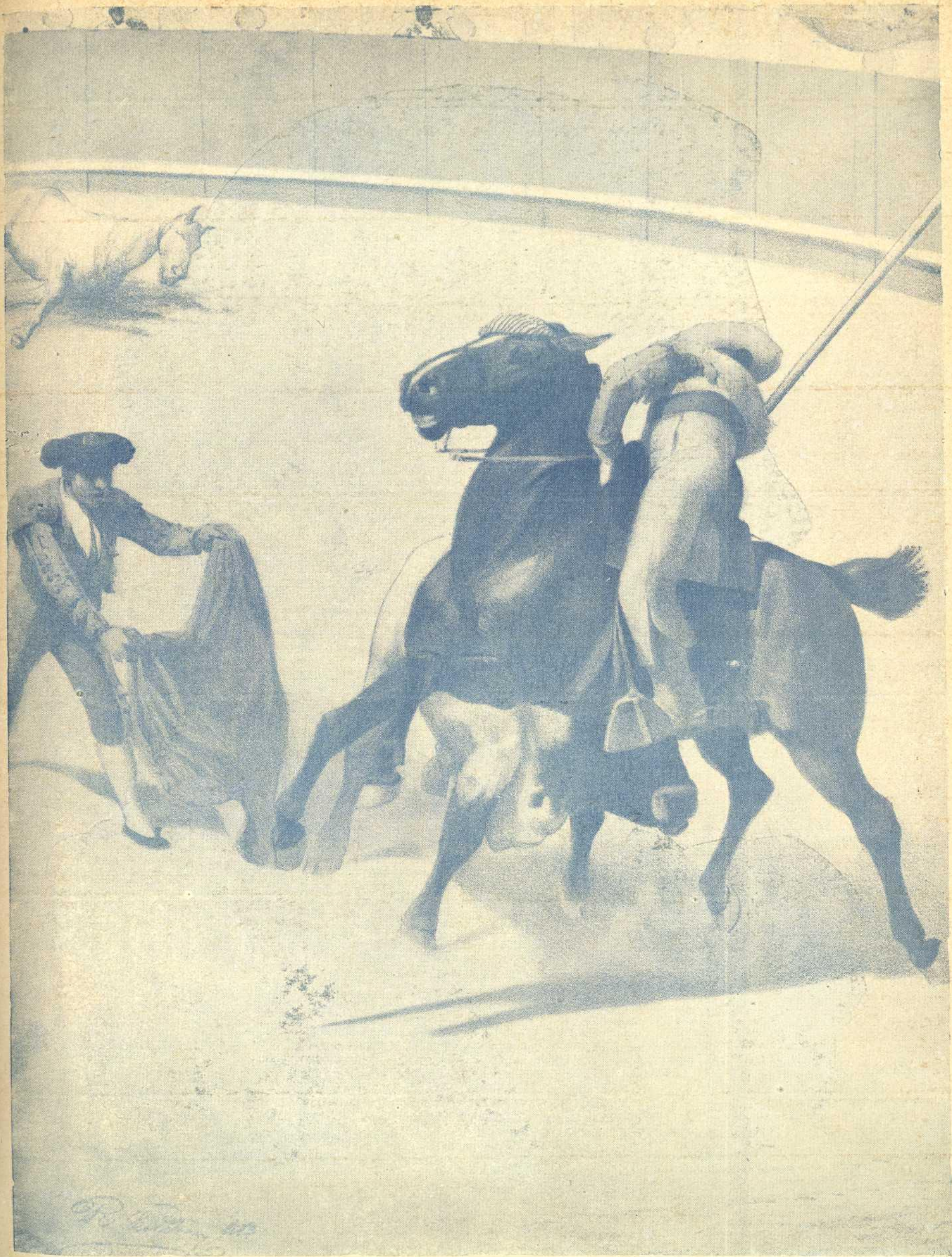
Carlos Arruza toreando por naturales



Andaluz toreando por manoleteinas



Andaluz en un alorno durante la faena de muleta (Fotos López.)



Un puyazo en los tercios
(Dibujo de Perea.)



Toreros célebres: Enrique Vargas, Minuto